
TRAIDOR A LA TIERRA
clark carrados
ESPACIO
El mundo FUTURO

CLARK CARRADOS

Traidor a la tierra

EDICIONES TORAY
Arnaldo de Oms, 51-33 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 28.103 - 1966
Printed ¡n Spain — Impreso en España
Impreso en GRÁFICAS TRICOLOR — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Es posible que Tsari Carrell y yo, en un pasado bastante remoto, hubiésemos tenido algún antepasado común; las raíces coincidentes de su apellido y el mío parecían indicarlo, pero es cosa de la que nunca nos preocupamos ambos.

Estudiamos juntos la primera mitad de nuestra carrera. En la Universidad se fraguó nuestra amistad, pero luego comprendí que Dios no me había llamado por el camino de la ingeniería astronáutica y lo dejé. Empecé a escribir, no lo hacía del todo mal, tuve algo de suerte... y aquí continúo.

Tsari Carrell continuó sus estudios con la facilidad en él acostumbrada y se licenció con máximos honores. Inmediatamente, encontró colocación como segundo ingeniero de a bordo en una espacionave interestelar... y sus copiosas aventuras dieron también comienzo inmediatamente.

Sé que intervino como mercenario en la I Guerra de los 500 Soles, pero no lo hizo estrictamente por el ansia de aventura o por la sed de sangre, sino porque estimó que uno de los dos bandos tenía la razón y, obedeciendo a su natural generoso y magnánimo, adoptó su partido en el acto.

Luego se vio envuelto en las batallas de la Liga Stall; recorrió de punta a rabo el Gran Sistema de las Tres Mil Estrellas, en una misión cuyo sólo enunciado ponía los pelos de punta a quienes se le ofrecían... Y Tsari fue el único que la aceptó y llevó a buen fin.

Estuvo en Vayandar y franqueó con la vida las fajas de arenas vivientes para rescatar a un alto personaje que había sido raptado por unos enemigos políticos... ¿Dónde no estuvo Tsari?

De cuando en cuando, tenía noticias de él, muy pocas directamente; la mayoría por referencias periodísticas de calibres bien dispares, pues mientras unos le consideraban como el «Héroe Galáctico Número Uno», otros le consideraban como un simple bandido.

Cuestión de apreciaciones, por supuesto. Para mí, Tsari Carrell no podía hacer nada malo, aunque pudiese parecerlo a simple vista.

Desde que nos separamos en la Universidad, habían transcurrido ya dieciséis años. En todo aquel tiempo, nos vimos un par de veces; la última, en las Navidades de 2.419, que por cierto y con gran contento de mi mujer y mío, pasó con nosotros.

Luego transcurrieron seis años de silencio poco menos que absoluto, hasta que, de repente, se descubrió que se le había confiado una misión y que había traicionado la confianza en él depositada.

El gobierno mundial le declaró indigno y le desposeyó de todos sus honores. Los periódicos, la radio y la TV vomitaron mil invectivas contra él y las autoridades oficiales ofrecieron una recompensa de un millón para el que pudiera indicar un rastro que condujese a su captura.

La pena de muerte había sido abolida mundialmente, pero no faltó senador que pidiese su restablecimiento para Tsari Carrell. La propuesta fue rechazada, naturalmente, sobre todo, después del optimismo con que la gente miraba el futuro, tras los últimos acontecimientos; pero era seguro que si los policías echaban el guante a Tsari, sería encerrado en una cárcel de por vida.

Después pasaron dos años y, en vista de que el horizonte se aclaraba más, las nubes y el olvido empezaron a caer sobre el nombre de Tsari Carrell. No es ufanarme, pero creo que era yo el único que se acordaba de él.

De repente, cuando el verano de 2.427 iba a empezar, Tsari apareció en mi casa.

Había terminado de cenar y mi mujer recogía los cacharros de la cena. Cargué mi vieja pipa y me salí al porche de la casa, sentándome en una hamaca para disfrutar de la agradable temperatura que reinaba.

Un grillo cantaba no lejos de allí, en la ladera de la colina donde tengo mi casa. Al pie de la misma, el río brillaba como una cinta de plata bajo la luz de la luna. Una leve brisa hacía susurrar las hojas de los chopos y de los prados cercanos llegaba el aroma de las flores silvestres.

Oí la voz de mi mujer, regañando al menor de mis hijos, que se resistía, como cada día, a irse a la cama.

El mediano andaba muy ocupado preparando unos exámenes y en cuanto a la mayor, estaba en casa de unos parientes y regresaría

dentro de un par de semanas.

Últimamente, la gente había vuelto a hablar mucho de platillos volantes: la historia de siempre. Y eso que ahora las astronaves pululan por el cielo como moscas... pero nunca faltan historias misteriosas de aparatos que despiden luz, que corren velocísimamente, que desembarcan seres raros...

Miré al cielo estrellado, confiando tal vez en divisar alguna de esas naves fantasmales para poder escribir alguna historia acerca de la misma. Las pocas nubes que había, iluminadas por la luna, no se podían confundir de ninguna manera con un platillo volante.

Una voz sonó de pronto en el porche, dejándome helado por la sorpresa:

—¿Tratas de descubrir algún aparato desconocido, algún platillo volante?

Me volví lentamente. Aquel trozo del porche estaba sumido en la oscuridad, pero a Tsari le habría reconocido hasta en el interior de un túnel y con los ojos vendados.

—Hola, Clark —saludó mi amigo, incorporándose de la hamaca donde había estado echado hasta aquel momento. Se me acercó, estrechó una de mis manos y me puso la otra en el hombro—: ¿Te sorprende verme?

—Me enoja verte —respondí—. Sí, me enoja verte... porque han pasado ocho años sin que dijeses esta boca es mía. ¿Dónde diablos estuviste, Tsari? ¿Acaso no sabes que aquí tenías un amigo, en el verdadero sentido de la palabra?

Carrell sonrió.

—Lo sé —contestó—. Pero no quería causaros problemas y ser fuente de disgustos. Clark, en estos momentos soy una especie de leproso moral, al que nadie puede mirar sin sentirse impuro.

—No lo dirás eso por mí —protesté con vehemencia—. Te han declarado traidor a escala mundial, pero yo sigo considerándote inocente. Si hiciste lo que hiciste, tus razones tendrías.

—Da gusto oír hablar así a una persona —dijo él—. Esto le reconcilia a uno con la vida, Clark, te lo aseguro.

—Espera un momento, Tsari; ni siquiera te he invitado a que entres a cenar. Teresa te preparará algo de comer...

Tsari me interrumpió.

—No tengo ganas, gracias —manifestó. Miró en torno suyo,

respiró profundamente y exclamó—: Da gusto vivir aquí, Clark; es el sitio que yo hubiese elegido para levantar mi casa… si no tuviese ascuas en los pies. Alguno de mis antepasados debió de ser beduino o mongol, ya sabes, el nomadismo y demás… por eso no puedo estar yo quieto en ninguna parte.

—Eso te ocurre porque no has encontrado aún la mujer que te conviene —dije intencionadamente.

—Una mujer que me ate, ¿verdad? Sí, es cierto —contestó con acento pensativo—. La encontré, pero la perdí, Clark. Se llamaba Yania.

Hubo un momento de silencio. Salía algo de luz y pude contemplarle de nuevo.

Ya tenía algunas canas en las sienes, pero continuaba siendo el hombre fornido de siempre. No se puede decir que fuese alto, aunque bajo no lo era en ninguna manera, pero siempre había en él una cosa extraña que le hacía parecer de elevada estatura: tal vez un innato sentimiento de dignidad y ponderado orgullo… ¿quién lo sabe? Era Tsari Carrell, con eso está dicho todo.

Respeté sus sentimientos durante unos segundos. Ardía en deseos de conocer su historia, pero, pese a la amistad que nos unía, no me sentía con ánimos para forzarle a hablar.

¿Quién era aquella misteriosa Yania?, me pregunté.

Tsari se volvió de repente hacia mí.

—¿Tienes un cigarrillo, Clark? —pidió.

Sus palabras me defraudaron, aunque procuré no demostrarlo.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar con nosotros? —dije al tiempo de entregarle el paquete y los fósforos.

—¿No tienes miedo de albergar en tu casa a un traidor? Tengo la cabeza pregonada…

—Eres inocente, Tsari; no creo una sola palabra de las barbaridades que han dicho de ti.

—Oír estas palabras me reconforta —sonrió él—. Traidor —repitió—. Tú no lo estimas, porque crees en mí, y eso hace doblemente meritorios tus sentimientos… y yo no me creo traidor, porque, aunque no lo parezca, salvé al Sistema Solar de su destrucción.

Expulsó el humo y me miró:

—¿Te gustaría conocer la historia, Clark?

Reí nerviosamente.

—Esa pregunta no se la debieras formular a un escritor, Tsari.

—Tienes razón —convino reflexivamente. Se apoyó en uno de los postes que sustentaban la marquesina y miró hacia el río—. Tengo que relatar la historia, Clark, aunque no sea más que para desahogarme.

Hizo una pausa para aspirar otra bocanada de humo.

Luego dijo:

—Puede decirse que mi traición empezó a poco de llegar a Srelgar, cuando me hicieron prisionero los esbirros del Gran Coordinador... Precisamente el hombre con quien yo debía tratar la misión que me había sido confiada aquí, en la Tierra. Escucha...

Tsari empezó a hablar. Y lo que sigue es el relato de sus increíbles aventuras.

Ahora, que cada cual juzgue. Yo había dicho siempre que Tsari no era traidor, pero fue antes de conocer la verdad. Cuando publiquen la historia y todos la conozcan, ya nadie podrá rectificar, nadie podrá volver a entonar alabanzas en honor de Tsari, nadie podrá arrepentirse de las invectivas contra él... porque ya no está entre nosotros.

CAPÍTULO PRIMERO

El guardia abrió la puerta del encierro y se echó a un lado.

—Sal fuera, perro terrestre —dijo insultantemente, rechinante, en el idioma de Srelgar.

Tsari le miró. Tenía barba de dos semanas y sus ropas estaban destrozadas. Los tormentos infligidos últimamente no habían conseguido doblegar su voluntad, aunque su cuerpo había quedado bastante maltrecho.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

El guardia sonrió cínicamente. Luego se pasó una mano por la garganta:

—¿No te lo imaginas? —contestó.

Tsari no quiso protestar siquiera. Sabía que cuanto alegase era inútil.

Estaba condenado a muerte. Por fortuna, en Srelgar solían ser bastante expeditivos con los sistemas de quitarle a uno la vida: el verdugo del Gran Coordinador poseía una especial habilidad para cortar las cabezas al primer golpe.

Cuatro guardias más esperaban afuera. Tsari se puso en pie, suspiró y salió de la celda.

Estaba en uno de los palacios del Gran Coordinador, Arkel Braffis, el hombre cuya palabra era ley en Srelgar y en los noventa y dos planetas que componían el sistema. Tsari pensó que resultaba paradójico que el hombre a quien había sido enviado en misión conciliadora, fuese a ejecutarle.

No acababa de entenderlo. El Sistema Solar tenía nueve planetas, de los cuales sólo uno podía llamarse verdaderamente habitado. Los otros dos, Marte y Venus, más algunos asteroides, apenas si tenían sobre su superficie una milésima parte de la población total del Sistema, evaluada en unos veinte mil millones de seres humanos.

De los noventa y dos planetas de Srelgar, sólo cuatro o cinco resultaban inhabitables. Los demás estaban habitados... y la media por planeta era cinco o seis mil millones de personas, lo cual hacía un total de unos cincuenta mil millones de habitantes.

Teóricamente, Srelgar no podía temer nada de la Tierra. Y, sin embargo, la forma de actuar de su Gran Coordinador así lo indicaba. Pero ¿por qué hacía una cosa semejante?

Tsari se dijo que ya no lo sabría nunca. Unos minutos más, y su cabeza habría rodado por tierra, entre borbotones de sangre de su tronco decapitado.

Atravesaron un sombrío corredor, subieron unas escaleras, cruzaron un patio y se metieron por una angosta puerta, en la que empezaba otra escalera. Los guardias, al mando de un sargento o cosa por el estilo, permanecían callados, silenciosos, herméticos.

De pronto, la comitiva llegó a una habitación de grandes dimensiones y techo elevado. En el centro de la misma había un estrado forrado de tela roja.

Un hombre, apoyado en una espada descomunal, aguardaba en el estrado. A un lado de la estancia, había un sujeto alto, delgado, de nariz aquilina y ojos centelleantes, envuelto en unos largos ropajes de color violeta, que aguardaba en silencio.

Era Arkel Braffis, el Gran Coordinador.

Tsari sonrió melancólicamente. Braffis quería cerciorarse en persona de su muerte. ¿Y aquél era el hombre con quien había venido a tratar de algo sumamente importante para los dos sistemas?

¡Qué engañados vivían en la Tierra! ¿Y el embajador en Srelgar, qué hacía? ¿Dónde tenía los ojos para enviar aquellos informes llenos de un optimismo absurdo y desatentado?

Braffis permanecía en silencio. A su lado, había otro sujeto que parecía un secretario. Tsari creía haberlo visto en el tribunal que le había juzgado.

Posiblemente, le leería la sentencia. Había que hacer las cosas siquiera con un poco de legalidad.

El jefe de la patrulla ordenó alto. El secretario se adelantó un paso, sacó un papel y empezó a leer algo relativo a las nocivas actividades de Tsari.

El joven escuchó como quien oye llover. Los motivos le importaban muy poco en aquellos instantes.

De pronto, sintió que le tocaban en el costado izquierdo. Alguien introdujo un objeto en el bolsillo de su blusa.

El objeto pesaba bastante. Una voz susurró a su oído:

—Avenida K'Thayer, ochocientos ochenta.

Los músculos de Tsari se envararon en el acto. Disimuladamente, tocó el objeto.

Primero creyó que se trataba de una pistola, pero no tardó en salir de su error y comprobar que era un transportador antigravitatorio individual.

El secretario terminó la lectura. Retrocedió un paso y dijo:

—¡Procédase a la ejecución de la sentencia!

—¡Un momento!

La voz de Tsari sonó clara y fuerte. Braffis y el secretario le contemplaron extrañados.

—En mi planeta es costumbre que el condenado firme la sentencia antes de ser ejecutado. Tengo derecho a que se me conceda ese requisito.

El secretario miró a Braffis, desconcertado. Braffis hizo un signo de aquiescencia con la cabeza.

—Está bien, fírmala.

Y avanzó hacia Tsari con el documento en una mano y una pluma en la otra.

Tsari entró en acción en aquel momento. El más peligroso, juzgó, era el sujeto que mandaba el pelotón.

Cuando el secretario llegó a su altura, le agarró por la cintura y lo arrojó contra el sargento. Los dos hombres cayeron rodando en confuso montón.

Braffis lanzó un grito de rabia.

—¡Atravesadle! —rugió.

Uno de los guardias, espada en mano, se precipitó hacia él. Tsari saltó a un lado, dejando que el acero pasara junto a su costado derecho.

Movió la mano en semicírculo y golpeó la nuca del sujeto, derribándole al suelo. Otro guardia, espada en alto, se lanzó sobre él.

Tsari le derribó de un tremendo cabezazo. Una espada rebotó a sus pies y la empuñó con mano firme, haciendo unos cuantos molinetes que tuvieron la virtud de hacer retroceder a los otros guardias.

Braffis sacó de pronto una pistola. Tsari se dijo que el Gran Coordinador no quería correr riesgos.

Tsari le arrojó la espada, atravesándole el hombro derecho. Braffis cayó al suelo, chillando frenéticamente.

Un tercer guardia se tiró a fondo. Pero lo hizo tan mal, que Tsari comprendió en el acto que se trataba del individuo que le había puesto el transportador en el bolsillo.

El hombre tenía que justificarse. Tsari le complació, retorciéndole primero la muñeca, desarmándole a continuación y asestándole acto seguido un seco puñetazo en la mandíbula, que lo dejó sin sentido instantáneamente.

Con su segunda espada en la mano, retrocedió hacia la puerta. El último de los guardias le atacaba denodadamente.

Durante unos segundos, los dos aceros chocaron, despidiendo chispas. Luego, Tsari se tiró a fondo.

Sonó un alarido de agonía. El guardia, con el pecho atravesado, se desplomó al suelo.

El secretario estaba encogido en un rincón, lleno de pánico. El sargento, al caer, debía de haber recibido un fuerte golpe, porque

no se movía.

Braffis estaba sentado, forcejeando por arrancarse la espada que aún tenía ensartada en el hombro. Lágrimas de dolor y de rabia se escapaban de sus ojos.

Entonces, un hombre avanzó hacia Tsari.

Era el verdugo, un sujeto de dos metros diez de estatura y ciento treinta kilos de peso. Tras la máscara roja, sus ojos fulguraban de rabia.

Sostenido con ambas manos llevaba el pesado mandoble. Era una espada de pavoroso tamaño, casi tan larga como alto era Tsari, de doble filo y una punta agudísima. Tsari sabía que aquel hércules era capaz de partir a una persona en dos de un solo tajo.

El verdugo levantó la espada sobre su cabeza. Su poderoso pecho se hinchó como un monstruoso barril cubierto de vello.

La espada bajó. De haber encontrado su blanco, Tsari habría sido dividido en dos mitades de la cabeza a los pies.

Pero ya no estaba donde el verdugo había creído encontrarlo. La espada golpeó con metálico retiñir contra la puerta del cuarto de ejecuciones y se rompió.

El verdugo lanzó un aullido de dolor. La vibración del acero le había subido por el brazo hasta el hombro, entumeciéndoselo instantáneamente.

Tsari habría podido matarle en el acto, pero no era un hombre sanguinario. Dio un salto y golpeó el duro cráneo del verdugo con el puño de su espada, derribándole atontado en el acto.

El paso estaba libre. Tsari se abalanzó a través de la puerta que acababa de abrir.

Curiosa gente los de Srelgar. Poseían toda clase de adelantos, pero les gustaba utilizar aún las espadas.

Posiblemente, era una de las naciones galácticas más adelantadas; sin embargo, su estado de barbarie, en determinados aspectos, era comparable al de algunos pueblos terrestres, en la época más oscura de su historia. Gengis-Khan, que levantaba monumentos funerarios con los cráneos de sus prisioneros, enormes pirámides de cabezas sin cuerpo, habría parecido un ingenuo parvulillo al lado de los srelgarianos.

Pero cuando salió al patio, lo vio atestado de soldados que corrían vociferantes hacia él. Sin duda, el secretario había sacado

fuerzas de flaqueza y dado la alarma.

Tsari se detuvo un instante y sacó el transportador.

Era un tubo de unos treinta centímetros de largo por seis o siete de grueso, provisto de unas protuberancias en determinados puntos de su estructura.

El transportador creaba un campo de gravedad nula en torno a la persona que lo utilizaba. Todo dependía de la intensidad del movimiento anulatorio; ello permitía alcanzar una mayor o menor velocidad, orientarse en el sentido deseado o, simplemente, permanecer en el aire.

Tsari presionó suavemente el mando de elevación. Inmediatamente, saltó hacia arriba.

Sonaron algunos gritos de rabia. El que le había dado aquel aparato, sabía lo que se hacía.

No todos disponían de un transportador antigravitatorio y menos los soldados rasos. El uso de dicho aparato era aún muy restringido; su construcción no resultaba fácil, pese a los indudables adelantos de Srelgar.

El suelo del patio se alejó velozmente. Tsari sabía, sin embargo, que su huida no iba a ser por un sendero alfombrado de rosas.

Pronto le perseguirían con aeromóviles. Y emplearían contra él algo más que sencillas espadas.

Atravesó los altos muros de la fortaleza y se perdió de vista en un santiamén. Luego maniobró de modo que descendiera velozmente. Su relativa impericia estuvo a punto de quebrarle las piernas, por chocar contra el suelo con excesiva violencia.

Rodó un par de veces y se levantó, sin soltar la espada ni el transportador. Por encima de él, los grises muros de la fortaleza donde residía Braffis, se recortaban contra el cielo de Srelgar.

La vegetación, sumamente parecida a la terrestre, abundaba en aquel lugar. Tsari corrió unos metros y se escondió bajo unos arbustos.

Instantes después, oía el leve zumbido de unos aeromóviles que despegaban de otro de los patios de la fortaleza. Ésta era una construcción de tamaño colosal: la muralla exterior medía más de tres kilómetros de lado, un Kremlin galáctico de terrorífica apariencia.

Aguardó un buen rato. La ciudad se hallaba a varios kilómetros

de distancia.

La fortaleza había sido destinada en tiempos a simple albergue de la guarnición. Ahora era también la residencia de Braffis; dentro de aquellos indestructibles muros, Braffis se sentía seguro contra los posibles atentados.

Srelgar, el planeta que había dado su nombre al sistema, estaba alumbrado por tres soles. Tsari hubo de esperar pacientemente a que llegara el período de oscuridad, para poder reanudar su marcha.

Cuando llegó a la ciudad, era ya de noche cerrada. El aspecto de la urbe era de entera normalidad.

La normalidad era sólo aparente. Los patrulleros de la policía de Braffis recorrían las calles incesantemente.

Tsari necesitó dar un gran rodeo, para encontrar el lugar que le había indicado el guardia. Buscó los lugares menos concurridos y, en ocasiones, tuvo necesidad de esconderse en los sitios más inverosímiles para no ser descubierto por los guardias.

En el momento en que le viesen, dispararían contra él como si fuese un perro rabioso.

Ello le hizo consumir una gran cantidad de tiempo. El primer sol de Srelgar se elevaba ya en el horizonte, cuando, por fin, encontró el número ochocientos ochenta de la Avenida K'Thayer.

Se preguntó quién viviría en aquella casa, qué le dirían, cuáles eran las causas por las cuales le habían facilitado la fuga... Pero todo tendría su respuesta cuando hubiese entrado en el edificio.

Era una casa de aspecto más bien modesto, de dos pisos y una sola puerta en la planta baja. Tsari conocía bien el estilo srelgariano y supo que el edificio tenía cuatrocientos años de antigüedad, pese a lo cual, y gracias a la excelencia de sus materiales, se conservaba como el día en que fue terminada.

Cuando el primer rayo de sol tocaba en una de las esquinas de la casa, se acercó a la puerta y llamó.

CAPÍTULO II

La puerta se abrió. Una mujer apareció en el umbral.

—Entre —dijo.

Tsari cruzó la puerta, que se cerró inmediatamente a sus espaldas. Ella movió una mano.

—Por aquí.

Momentos después, Tsari estaba en una sala de reducidas dimensiones, en la que se veía una mesa bien provista de alimentos.

—Supongo que estará hambriento —dijo la mujer, que aparentaba unos cincuenta años—. Siéntese y coma.

Luego abrió la puerta.

—Aquí está su dormitorio. El baño está al otro lado. Encontrará todo lo necesario para cambiarse de ropa. Después, le sugiero unas horas de sueño.

Tsari miró a la mujer.

—Usted parece conocerme —observó.

—Usted es Tsari Carell, de la Tierra —contestó ella.

—Sí, pero...

—Lo siento —le interrumpió la mujer—. Por ahora, no puedo ser más explícita. Debe esperar a que venga ella.

—¿Ella? —se extrañó Tsari—. ¿Quién es?

—Yania, de Kolzagar. Ella le explicará todo lo que usted debe saber. Mientras tanto, aquí está seguro.

La mujer se retiró y Tsari quedó solo, sumamente perplejo por lo que acababa de escuchar.

Luego dirigió sus ojos hacia la mesa. Tsari poseía un cierto sentido fatalista de la vida. Lo que había de ser, sería... pero ahora tenía hambre.

Luego durmió largas horas, repleto el estómago, limpio el cuerpo y relajados los músculos y la mente. Cuando despertó, era ya mediada la tarde.

Se lavó un poco y abandonó el dormitorio. En la sala, la mesa estaba puesta de nuevo.

Volvió a comer. Las fuerzas le volvían rápidamente. Era preciso admitir que el menú de la cárcel no había sido precisamente ideado para facilitar el aumento de grasas en el cuerpo.

Cuando estaba terminando, se abrió la puerta.

Tsari se puso en pie. Ella había llegado por fin.

—Celebro conocerle —dijo ella con voz grave y dulce—. Y más todavía, celebro haberle salvado la vida. Soy Yania, de Kolzagar.

Era una muchacha de unos veintitrés o veinticuatro años, alta, espigada, vestida con sencillez, de grandes ojos negros y largos cabellos del mismo color. Al despojarse del manto azul que cubría su cuerpo, quedó con una simple túnica de color amarillo claro, que le llegaba hasta la mitad de los muslos.

Un pesado medallón, de gran tamaño de forma circular, pendía de su garganta de cisne por medio de una cadena de gruesos eslabones. Había un dibujo en el medallón, en bajorrelieve, que representaba una rosa.

Yania sonrió y se tocó el medallón.

—Es el emblema de nuestro pueblo: la rosa viviente de Kolzagar —explicó.

—Un emblema muy hermoso, aunque no tanto como la dama que lo ostenta —alabó él—. ¿Puedo darle las gracias por haberme salvado la vida?

—No —contestó Yania redondamente—, porque lo hice por puro egoísmo.

Tsari enarcó las cejas.

—No comprendo —dijo.

—Siéntese, por favor —rogó ella.

Tsari obedeció maquinalmente. El instinto le dijo que debía esperar a que Yania hablase.

—Usted vino de la Tierra con una misión definida.

—Sí —admitió Tsari.

—La misión era... un poco rara, digámoslo así.

—En efecto.

—Pero el hombre acerca del cual debía desempeñarla usted le encerró, acusándole de Dios sabe qué imaginarios delitos, y le condenó a muerte.

—Sí.

—¿Sabe por qué le condenó?

—Oficialmente, sí. De modo más particular, le diré que no.

Yania sonrió.

—Cuando le detuvieron, ¿qué hicieron con usted?

—En cierto modo, no fue detención. Simplemente, un capitán de la guardia del Gran Coordinador me rogó que le acompañase a la fortaleza.

—¿Y...?

—Pensé que, dado que se trataba de una misión de índole reservada, aunque mi llegada a Srelgar no lo fuese ya tanto, la entrevista con el Gran Coordinador debía celebrarse discretamente.

—Una deducción lógica. ¿Qué más?

—Bien, el capitán me alojó en una habitación y me dio de cenar. Al día siguiente, me encontré en una celda, acusado de traición. Es todo lo que sé.

—¿No recuerda usted lo que pasó después de la cena?

—No, salvo que me fui a dormir...

—Narcotizado —dijo Yania.

Tsari respingó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Tengo amigos dentro de la Fortaleza —repuso la joven—. Luego, durante su sueño, fue conducido a la máquina analítica de acciones.

—¿Qué? —Tsari era la primera vez que oía hablar de una cosa semejante.

—Como lo oye. Esa máquina predijo que usted había venido desempeñando su misión de buena fe, pero que acabaría traicionando, si se puede decir de esta forma, al Gran Coordinador. Naturalmente, Braffis quiso curarse en salud y le condenó a muerte, después de dos semanas de duros interrogatorios, durante los cuales no obtuvo nada en limpio.

Tsari se pasó una mano por la cara.

—Sigo sin comprenderlo —murmuró—. Si esa máquina predijo que yo le traicionaría, ¿cómo no pudieron averiguar lo que haría y con quién?

Yania sonrió sibilinamente.

—La máquina estaba manipulada. Usted, en aquellos momentos, ignoraba que cometería esa traición. Ni siquiera estaba registrada, en el futuro, en su subconsciente. Sencillamente, no sabía nada en absoluto.

—¿Y ahora?

—Ahora sí lo sabe.

—Me desconcierta usted, señorita...

—Yania —indicó ella.

—Yania. Me desconcierta, repito.

Ella continuaba sonriendo.

—No tanto, Tsari. Usted vino a Srelgar enviado de la Tierra para sentar las bases de un pacto secreto de acción contra Kolzagar.

—Sí. Kolzagar amenaza la paz de nuestro sistema. Tenemos que defendernos.

—¿Y de qué forma se defenderán?

—Uniendo los esfuerzos de Srelgar y de la Tierra, para hablar en síntesis.

—Y destruyendo los cincuenta y siete planetas de Kolzagar, que serán convertidos en polvillo estelar.

Tsari apretó los labios.

—No se llegará a ese extremo —dijo.

—Se llegará, Tsari —afirmó Yania—. A menos que usted y yo lo impidamos, el sistema de Kolzagar desaparecerá de las cartas galácticas.

Tsari sonrió.

—Eso es lo que pretende Kolzagar hacer con Srelgar y el Sistema Solar —dijo.

—No, en absoluto —exclamó ella enfáticamente—. Por el contrario, sólo pretendemos evitar la anexión a Srelgar.

—¿Anexión?

—Dicho crudamente, así es, Tsari.

Hubo un momento de silencio.

—¿Cómo sabré que me dice la verdad? —preguntó él finalmente.

—Tengo medios de probarlo. El detector de mentiras...

—Acondicionado previamente, ¿no? —dijo Tsari con agudo sarcasmo.

—¿Y su condena a muerte?

—Ustedes falsearon las indicaciones de la analítica.

—Porque conocíamos las verdaderas intenciones de Braffis. Éste quiere asegurarse la cooperación del Sistema Solar para destruir a Kolzagar, basándose en una supuesta agresión por parte nuestra que aún no se ha producido siquiera.

Tsari se levantó y dio dos paseos por la estancia.

—El tratado que se iba a establecer era meramente preventivo. Bastaría que en Kolzagar conocieran el pacto, para que sus veleidades agresoras quedaran en suspenso —declaró al cabo.

—Teóricamente, así debiera ser. Braffis sabe que él solo no

podrá atacarnos nunca con posibilidades de victoria. En cambio, asegurándose la cooperación de la Tierra se anexionaría a Kolzagar.

—¿Cómo lo conseguiría?

—Por la intimidación, después de habernos hecho unas demostraciones de su poderío. Y si, aun así, no cedíamos, nos destruiría totalmente.

—Ustedes no son mancos, que yo sepa —dijo el joven con toda intención.

—Sí, pero carecemos de la bomba.

Hubo un momento de silencio.

Tsari cogió un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa y lo encendió.

—La bomba —murmuró.

—En efecto —confirmó Yania—. La bomba.

—No se ha dado jamás el caso de que la Tierra haya entregado un arma de semejante índole a ninguna nación galáctica —dijo Tsari.

—En estos momentos, el Senado terrestre está considerando la posibilidad de ceder media docena de bombas a Srelgar.

Tsari la miró atónito.

—Está muy bien informada de lo que pasa en mi planeta —dijo.

—Por necesidad —sonrió Yania.

—El Senado terrestre votará negativamente.

—La decisión será afirmativa y en sesión secreta. Braffis dispondrá de media docena de bombas. Usará cuatro y dos las entregará a sus sabios para que le construyan todas las que necesite... hasta cincuenta y siete, perdón sesenta y tres, porque seis más corresponderán a los soles de nuestro sistema.

Tsari seguía sintiéndose inquieto.

—¿Y qué dará a la Tierra, a cambio de esas bombas? —preguntó.

—Primero, la pretendida seguridad de que el Sistema Solar seguirá viviendo en paz. Luego... En la Tierra empiezan a sentirse estrechos.

—Aún hay sitio, pero, vaya —admitió Tsari.

—Si ustedes tienen sabios que han inventado esa... bomba, los de Srelgar no se quedan atrás en otro sentido. Poderosas máquinas computadoras están calculando ya las futuras variaciones de la

órbita de la Tierra.

—¿Variar la órbita de la Tierra? Pero...

—El trigésimo noveno planeta de Srelgar es un mundo muerto, inhabitable. Braffis lo destruirá, convirtiéndolo en polvillo estelar. La desaparición de ese planeta provocará un «hueco» gravitatorio, a través del cual enviará otro de los de Srelgar, que situará en el Sistema Solar. Será una segunda Tierra, con unas condiciones ecológicas muy semejantes, a la cual podrán enviar ustedes su excedente de población. Ése es el precio que Braffis piensa pagar a cambio de las bombas.

Tsari estaba atónito.

¿Estaba loca aquella mujer? ¿No era la víctima de una fantasía desatada? ¿Quién, cómo y cuándo iba a ser capaz de trasladar un planeta entero, a través de decenas de años luz de distancia?

—Le digo la verdad —expresó Yania, comprendiendo las dudas que atormentaban a Tsari—. Nosotros no tendríamos que oponer nada al traslado de ese planeta, si no fuera porque es el premio que el Sistema Solar va a recibir por la destrucción de Kolzagar.

—Pero las bombas existen sólo como elemento disuasorio —alegó él.

—Ustedes, los terrestres, así lo consideran, pero no el Gran Coordinador. Braffis... arma que tiene arma que emplea. En eso no tiene manías, Tsari.

—Según me lo pinta usted, así es. Y suponiendo que no me mienta y yo la ayudase, ¿qué es lo que debería hacer?

—Destruir esas bombas antes de ser utilizadas. Nosotros no las queremos siquiera, pero tampoco queremos que otros las empleen contra nosotros. Repito: Braffis empleará cuatro, dos se quedarán para servir de modelo... ¡y la anexión o destrucción de Kolzagar será un hecho!

Tsari miró a la joven.

—Parece que habla con gran autoridad —dijo—. ¿Quién es usted?

—Yania, Protectora de Kolzagar —contestó.

CAPÍTULO III

Unos fuertes golpes sonaron en aquel momento en la puerta de la casa. Tsari volvió la cabeza instintivamente.

—¿Qué...?

La mujer que le había atendido a su llegada entró dando muestras de precipitación.

—¡La casa está rodeada de guardias! —exclamó.

En aquel momento se oyó un terrible crujido. Tsari comprendió que la puerta acababa de ser violentada.

— ¡Tenemos que irnos, Yania! —gritó.

El transportador se hallaba en el dormitorio. Tsari entró en él y salió justo en el momento en que un puñado de hombres irrumpía en el comedor.

—Escapa, Yania —gritó la mujer, arrojándose sobre los guardias.

Dos espadas atravesaron su cuerpo de inmediato.

Sonó un alarido desgarrador.

Yania estaba paralizada por el espanto. En cuanto a Tsari, estaba desarmado, ya que había tirado la espada al salir de la fortaleza, a fin de no hacerse sospechoso al caminar por la ciudad.

La valerosa acción de la sirvienta había frenado unos segundos la entrada de los guardias. Pero, desembarazado el paso, los esbirros de Braffis se lanzaron hacia adelante, blandiendo sus espadas.

Tsari se arrojó sobre la mesa y la empujó con todas sus fuerzas, arrastrándola por el suelo. El pesado mueble derribó a los primeros guardias, provocando en ellos una espantosa confusión.

Acto seguido, recogió una espada del suelo y empezó a batirse con los guardias.

—Escapa, Yania —gritó, tuteándola inconscientemente.

—Contigo, Tsari —contestó ella.

Ya empezaba a reaccionar. Tsari bloqueaba la entrada, pero el joven se dio cuenta de que no podría detener a los guardias durante mucho tiempo más.

Yania desapareció un momento. Cuando regresó, traía consigo las mantas y las sábanas, que arrojó sobre los tres hombres que se hallaban en primer término.

Durante unos momentos, los ropajes embarazaron la acción de los individuos. Tsari aprovechó el momento para levantar la mesa y empujar hacia adelante con todas sus fuerzas.

Los guardias vacilaron un momento. Yania gritó:

—¡Por aquí, Tsari!

Ella le indicaba una puerta situada en el extremo opuesto. Tsari corrió hacia la puerta, de la cual arrancaba una escalera que conducía al piso superior.

Cuando ya llegaba al primer peldaño, Yania gritó una advertencia:

—¡Cuidado!

Tsari se volvió. Uno de los guardias se precipitaba hacia él, espada en mano.

Paró la estocada, fintó a la garganta y se tiró a fondo al pecho de su adversario. El guardia cayó, lanzando un aullido.

Tsari se precipitó escaleras arriba. Yania le precedía, sin más que lo puesto.

Segundos más tarde, se hallaban en la azotea. Un guardia asomó entonces y Tsari lo envió rodando escaleras abajo, de un tremendo puntapié asestado en la cara.

Inmediatamente, Tsari rodeó con el brazo izquierdo la esbelta cintura de Yania.

—¡Agárrate bien! —gritó.

Ella le pasó ambos brazos en torno al cuello. Medio minuto después, el transportador creaba un campo antigravitatorio y se elevaban raudamente en el espacio.

La ciudad se alejó rápidamente bajo sus pies. A lo lejos, se divisaba el resplandor del Gran Océano de Srelgar.

Pero aún no podían considerarse como salvados.

—¡Nos persiguen, Tsari!

El joven hizo un esfuerzo y volvió la cabeza. Un aeromóvil, ocupado por media docena de soldados, se precipitaba a toda velocidad hacia ellos.

Tsari refrenó la marcha del transportador. Cuando el aeromóvil estaba a pocos metros, se desvió brusca mente a un lado.

El aparato pasó rugiendo por su lado, lanzado a más de trescientos kilómetros a la hora. Tsari accionó el transportador y los dos ganaron altura rápidamente.

Se acercaban al mar. El piloto del aeromóvil describió un ceñido viraje y cargó nuevamente contra ellos.

Tsari eludió su ataque por segunda vez. Sin embargo, pudo darse cuenta de que tarde o temprano, acabarían por ser destrozados.

Estaban a varios miles de metros de altura, ya sobre el océano. Muy a lo lejos, se divisaba la tenue línea oscura de la isla de Addinar.

El aeromóvil se les acercó de nuevo. Esta vez, sin embargo, el piloto no intentó atropellarles.

Una escotilla se abrió en el lado derecho y el cañón de un fusil apareció de pronto ante los ojos de los dos jóvenes. La distancia era de unos cincuenta metros exactamente.

El piloto gobernó hábilmente su aparato, manteniéndolo a la altura de la pareja. La boca del fusil se incendió bruscamente.

Tsari sintió un terrible latigazo en el brazo derecho. Se miró la mano instintivamente y se quedó aterrado.

¡El proyectil había destruido por completo el transportador!

Cayeron a plomo instantáneamente, al quedar desprovistos de sustentación. El viento rugió en sus oídos.

Tsari abrazó estrechamente a la joven. Iban a morir.

El choque contra las olas resultaría fatal. Era demasiada altura.

Descendieron dando grandes vueltas en el aire. El mar se les acercó con tremenda rapidez.

De pronto, Tsari observó que su caída quedaba frenada. La velocidad disminuyó gradualmente, hasta quedar detenidos.

Miró a la joven, atónito. Ella sonreía.

—Toma —dijo.

Y le entregó otro aparato idéntico.

—Tenía uno de repuesto —explicó.

A cincuenta metros de las olas, Tsari emitió un profundo suspiro de alivio. Nunca se había visto tan cerca de la muerte, ni siquiera cuando le condujeron a la sala de ejecuciones.

Yania miró hacia arriba.

—Descienden hacia nosotros —dijo—. Procura perder altura suavemente.

Tsari obedeció, sin dejar de sujetarla con el brazo izquierdo. Ella dejó de abrazarle un momento y manipuló el medallón, una de cuyas caras abrió después de presionar un resorte.

—Abre la boca —indicó Yania.

Tsari hizo lo que le decían. Entonces, Yania le puso en la boca una pastilla de un tamaño doble del de una aspirina.

—Mastícala, pronto.

Ella ingirió otra tableta. Luego miró hacia abajo:

—Suspende la acción del transportador, pero no lo sueltes.

—¿Qué es lo que me has dado? —preguntó él.

—Oxígeno para dos horas. ¡Vamos, pronto!

Cayeron a plomo desde veinte metros de altura y se hundieron en el mar, cuando el aeromóvil estaba ya a menos de trescientos metros de distancia.

La costa era muy escarpada en aquel lugar. Tsari colocó el transportador en su cinturón y siguió a Yania.

La joven nadó, ganando profundidad, a la vez que se dirigía hacia la costa. La transparencia del agua era absoluta.

Momentos después llegaban a un acantilado sumergido en el mar. Yania nadó quince o veinte metros hacia su derecha, hasta encontrar la oscura entrada a una cueva submarina.

Lleno de asombro al no experimentar ninguna dificultad respiratoria, Tsari la seguía. Vio que se detenía un momento y arrancaba algo de la pared.

Era una linterna impermeable, que les proporcionó luz para nadar a lo largo de aquel túnel submarino, cuya longitud no podía apreciarse desde la entrada. Sin embargo, cinco minutos después, Tsari observó que el túnel empezaba a subir.

Un cuarto de hora más tarde, Tsari sacó la cabeza del agua. Yania estaba ya en terreno firme, con los cabellos pegados a las sienes y una sonrisa en los labios.

La ropa mojada se adhería a las curvas de su cuerpo, subrayando así la esbeltez de su figura. Tsari caminó unos pasos por una pendiente arenosa y terminó de salir fuera del agua.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—A unos noventa metros bajo el suelo de la ciudad —contestó ella.

—¿Conocías tú la existencia de esta cueva?

—Claro. De otro modo, ¿cómo te habría guiado hasta aquí?

Tsari paseó la mirada en torno suyo. El silencio era absoluto.

La cueva tenía unas dimensiones extraordinarias. Tsari vio en un rincón unos bultos, que supuso que debían ser ropas y provisiones.

—Vuélvete —indicó Yania—. Voy a cambiarme de ropa.

El joven obedeció. Momentos después, ella dijo:

—Convendría que tú también te pusieras ropa seca.

Y le entregó una prenda de tejido esponjoso y elástico, que se acomodaba a todas las tallas, idéntica a la que ella vestía.

Yania empezó a secarse el pelo con una toalla.

—Ahí tienes licores terrestres, si sientes necesidad de beber —añadió.

—La verdad es que un trago no me sentaría mal —convino él.

Bebió dos tragos de un excelente whisky terrestre. Esto y las ropas secas le dejaron como nuevo.

En una de las cajas divisó armas. Eran pistolas de todas clases: de pólvora, paralizantes, narcóticas y hasta desintegradoras. Tras una ligera reflexión, eligió una pistola paralizante. No era hombre sanguinario por un lado y, por otro, podía necesitar interrogar a alguien. La pistola paralizante le serviría muy bien para tales fines, ya que inmovilizaba por completo al individuo, sin privarle del conocimiento.

Al terminar, se volvió hacia Yania.

—De modo que tú eres la Protectora de Kolzagar —dijo.

—Sí —contestó ella.

—¿Qué significa ese título?

—Jefe de Estado.

Tsari la miró con estupor.

—¿A los veintitrés años? ¿Es hereditario ese título?

—No, electivo.

—No irás a decirme que los habitantes de cincuenta y siete planetas votaron en mayoría por Yania.

—Por supuesto que no. Lo hicieron las máquinas.

—¿Eh?

Tsari respingó.

Había oído muchas cosas, pero aquello superaba a cuanto de extraño conocía hasta entonces. Yania sonrió:

—El anterior Protector estaba llegando al término de su mandato, que tiene una duración de doce años. Seis antes, las máquinas empiezan a elegir los posibles candidatos, elección que, en la primera fase, elimina a millones. Cada año, se van descartando sucesivos candidatos, hasta que seis meses antes del término del mandato del Protector, es elegido el que debe sucederlo.

—¿Y el pueblo de Kolzagar acepta este sistema de elección?

—¿Por qué no, si durante seiscientos años se ha demostrado su bondad?

La estupefacción de Tsari no disminuía un ápice.

—Desde luego —continuó Yania—, hay una cámara que controla las disposiciones del Jefe del Estado. Los miembros de la Cámara son los digamos desechados durante las dos últimas eliminatorias a la elección definitiva.

—Pero, no lo comprendo... Admitamos que sea un régimen que funcione... y debe funcionar, puesto que dices tú que ya hace seiscientos años que Kolzagar se rige por él. Sin embargo, lo que resulta absolutamente incomprensible para mí es que todo un jefe de Estado pueda ser elegido a edad tan temprana...

—Es curioso, en efecto —admitió Yania—. También a mí me extrañó hace año y medio, cuando fui investida con el título de Protector, pero no tardé en tener la explicación.

—¿Cuál es? —preguntó Tsari.

—Las máquinas calcularon todas las posibilidades, porque no solamente recibieron los datos personales de cada aspirante, sino que también recibieron información acerca de la situación interna de cada sistema y de las relaciones entre unos y otros. Las máquinas, en suma, predijeron que yo tendría que resolver esta aguda crisis entre Kolzagar y Srelgar.

—Y por eso estás aquí, para cumplir la voluntad de unas máquinas —dijo Tsari con cierto acento de desdén.

—Las máquinas no mandan en nosotros —contestó ella, picada —; solamente facilitan predicciones que, naturalmente, pueden incluso ser erróneas. Pero el porcentaje de error es infinitesimal. Y antes de que yo viniera aquí, las máquinas habían analizado todos los factores y establecido las tesis correspondientes. Sólo falta ahora ponerlas en práctica.

Tsari sonrió:

—¿Habían hablado de mí? —preguntó.

—No. Cuando recibimos la información relativa a las bombas, supimos también que un mensajero iba a ser enviado a Braffis. A la vista de estos dos factores, las máquinas sugirieron que yo debía tomar parte activa en la solución de la crisis.

—Cualquiera diría que Braffis se enteró también de esto —murmuró Tsari.

—Podría ser; también él tiene un buen servicio de información. Pero recuerda lo que te dije de la máquina analítica.

—Ustedes la manipularon para que él creyese que yo era un traidor y me condenara a muerte —rezongó Tsari.

—Sí, porque necesitábamos tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó él desconfiadamente.

—Las bombas no deben llegar a poder de Braffis.

—¿Sugieres que vaya a la Tierra y cuente todo lo que sé?

—No. Simplemente, cuando llegue el momento, saldremos al encuentro de la nave que transporte las bombas y nos apoderaremos de ella.

—¡Magnífico! —exclamó Tsari sarcásticamente—. Quieres que Braffis no reciba las bombas, pero sólo para que pasen a poder de Kolzagar.

—Te equivocas —contestó Yania—. Simplemente, queremos destruirlas. No se puede permitir que ningún gobierno posea una bomba, no mayor que una persona, pero capaz de convertir a un planeta y a sus habitantes en polvillo estelar y en cuestión de minutos. Eso es lo que yo trato de impedir... y por ello pido tu ayuda.

Tsari reflexionó unos segundos. Había oído hablar de aquellas bombas y conocía, siquiera teóricamente, su poder destructor. Pero nunca había creído que nadie llegase a usarlas.

Sin embargo, después de conocer a Braffis, no le extrañaba en absoluto que el Gran Coordinador de Srelgar abrigase los propósitos de destruir todo un sistema solar, con seis estrellas y cincuenta y siete planetas. Y aunque lo hiciese Braffis, la responsabilidad, indirectamente, recaería sobre los terrestres.

Ellos habían construido la bomba... y ellos serían los responsables, fue la conclusión a que llegó, tras unos segundos de reflexión.

—Bien, ¿qué me contestas? —preguntó Yania. Tsari no tuvo tiempo de hablar. Un sordo mugido llegó de pronto hasta ellos.

CAPÍTULO IV

Las aguas se arremolinaron cerca de la orilla. El mugido se convirtió en trueno.

—¡Están bombardeando las cercanías de la costa! —gritó Yania.

Una ola monstruosa se abalanzó hacia ellos, derribándoles por tierra. En el reflujo, arrastró a Yania, quien hubiera desaparecido bajo las aguas, de no haberla agarrado por un brazo.

—Tenemos que irnos —dijo él, poniéndose en pie.

Ella se levantó ágilmente.

—De nada nos ha servido cambiarnos de ropa —se lamentó.

Los cajones habían sido arrastrados por la ola.

—Vámonos —dijo Tsari—. Aquí no podemos continuar.

Echaron a correr, justo cuando otra ola se abalanzaba sobre ellos. Esta vez, sin embargo, apenas les mojó.

Tsari conservaba el transportador antigravitatorio y la pistola. Con la mano izquierda tiró de Yania, en tanto que con la derecha sostenía la linterna que les alumbraba el camino.

El estruendo era ensordecedor y las bóvedas multiplicaban los ecos de las explosiones. Poco a poco, sin embargo, continuaron ganando terreno, hasta considerarse a salvo.

—¿Adónde da este túnel? —preguntó él.

—Ya lo verás. Espera.

Yania siguió caminando. Unas horas después, el túnel quedó cortado por un muro de roca que les cerraba absolutamente el paso.

Tsari percibió cierta trepidación, cuyo origen no supo adivinar. La trepidación duró muy poco, apenas un cuarto de minuto.

El tejido esponjoso de sus vestiduras repelía rápidamente el agua, de modo que ya estaban secos. Yania aplicó el oído a la pared de roca y escuchó atentamente unos segundos.

Al cabo, agarró con las manos lo que parecía un saliente rocoso y lo separó a un lado. Quedó entonces a la vista una plancha metálica de forma cuadrada y de unos sesenta centímetros de lado. Yania hizo girar la plancha y dejó a la vista un hueco oscuro, pero no de total negrura.

Un ruido sordo, que aumentaba rápidamente, llegó hasta ellos. El sonido se acentuó tonantemente, hasta hacerse casi insoportable. Luego se alejó.

—Vaya —resopló Tsari—, estamos en uno de los túneles del ferrocarril subterráneo.

Yania sonrió.

—Así es. —Volvió a cerrar la trampilla y a colocar la roca simulada sobre ella—: Esperaremos a que el servicio se haga menos frecuente. Después de la medianoche, los trenes circulan solamente a intervalos de media hora. Aprovecharemos un intervalo para llegar a una de las estaciones y salir a la superficie.

—¿Y después?

—Tengo otro refugio. Iremos allí.

—Al parecer, lo tenías todo bien estudiado —comentó Tsari.

—Esto que has visto y otras muchas cosas que verás forman parte de un plan que se elaboró hace decenas de años, con vistas a un futuro ataque por parte de Srelgar. Los agentes que fueron enviados aquí debían tener cubiertas todas las posibilidades.

—Entiendo.

Yania se sentó en el suelo.

—No estás muy convencido de lo que digo, ¿verdad?

—Me salvaste la vida. No obstante según tu propia confesión, también me proporcionaste aquella condena de muerte.

—Estimé que era el mejor medio de convertirte en uno de mis adeptos —declaró ella sencillamente.

—¿Y si el plan hubiese fallado? Ahora estaría yo sin mi preciosa cabeza...

—Cuando supimos que eras el agente, te estudiamos a conciencia. Sabía que, con una pequeña ayuda, conseguirías escapar. De haberse tratado de otra persona, nuestro plan de acción habría resultado distinto.

Tsari se acarició la mandíbula.

—Ésta no parece una misión muy adecuada para un jefe de Estado. Lo lógico sería enviar a otros agentes...

—Los tengo, pero debo correr el riesgo principal. De este modo, aunque yo muriese, se evitarían muchas víctimas inocentes.

—¿Y aquella mujer? Se sacrificó para darnos tiempo a huir.

La mirada de Yania se empañó.

—¡Pobre Sulania! —dijo—. Dio su vida por mí... Me tuvo en sus brazos ya en el mismo momento de nacer yo... Pasaba por mi sirvienta personal, pero en realidad, era un físico notabilísimo.

—Lo siento —murmuró Tsari.

La conversación languideció. Cada minuto, se oía el paso de un

tren al otro lado del muro de roca.

Poco a poco, la frecuencia de los trenes fue disminuyendo. Después de la medianoche, Yania se puso en pie.

—Saldremos cuando haya pasado el próximo tren.

—Muy bien.

Una hora más tarde, se hallaban en la superficie.

Apenas circulaba gente por la calle. Tsari y Yania caminaron, cogidos del brazo, como si fuesen dos esposos, hasta que ella detuvo un aerotaxi, que les condujo al otro extremo de la ciudad.

Eran las dos de la madrugada cuando Yania abrió la puerta de una casa situada en las afueras. Tsari la siguió, procurando disimular el asombro que sentía.

La casa era de apariencia modesta, pero no le faltaba ninguno de los adelantos. En pocos minutos, Yania preparó una sustanciosa cena, que les devolvió las fuerzas perdidas.

Luego le indicó una habitación.

—Ése es tu dormitorio —dijo.

—¿Cuándo actuamos de nuevo? —preguntó él.

Yania sonrió.

—¿Tienes prisa? Por ahora, lo que nos interesa es no ser descubiertos en primer lugar...

—¿Y en segundo?

—Averiguar cuándo zarpa la nave que traerá las seis bombas.

Tsari asintió.

Aquéllos eran los propósitos de Yania. Pero él tenía sus propios planes.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Se acercó a la cabecera y manipuló el despertador acoplado.

Tres horas después, apenas salido el primer sol de Srelgar, el colchón empezó a moverse suavemente. Los movimientos despertaron a Tsari.

No se había desnudado siquiera. Le bastó ponerse los zapatos y el cinturón para quedar listo.

La pistola quedó bajo los ropajes. Salió del dormitorio y escuchó. Yania dormía. Cruzó la otra estancia y salió a la calle.

* * *

Russ Cobin era el embajador de la Tierra en Srelgar. Aquella noche había estado en una fiesta y se sentía de un humor pésimo,

por haber tenido que abandonar el lecho antes de lo previsto.

Los ojos del embajador contemplaron a Tsari con muy poca simpatía.

—Así que era usted —dijo.

—¿Yo qué, señor embajador? —preguntó Tsari.

—El terrestre que ha puesto en conmoción a Srelgar —dijo Cobin.

—Lo siento, Excelencia, pero no iba a dejar que me cortasen la cabeza, sólo por un capricho del Gran Coordinador.

—¡No fue un capricho! —tronó Cobin—. Usted abrigaba el propósito de darle muerte...

—¡Absurdo! Vine aquí con una misión bien definida.

—Sí, lo sé. Recibí los informes a su debido tiempo, pero usted olvidó su misión...

—¿Cómo diablos podía olvidarla, si no me dieron tiempo de actuar siquiera? —Tsari se sentía profundamente enojado por lo que él estimaba cerrilidad del embajador—. Lo que pasa es que Braffis quiere tomarnos lindamente el pelo.

—No digas tonterías —exclamó Cobin con aspereza—. El Gran Coordinador es un fiel y leal aliado del Sistema Solar.

—Es posible —convino el joven—. Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué sabe su Excelencia del envío de seis bombas de Srelgar?

La cara del embajador se puso del color de la nieve.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —aulló.

—Luego es cierto —sonrió Tsari—. ¿Ha aprobado ya el Senado Solar el envío de esas seis bombas?

Cobin le amenazó con el dedo.

—¡Carrell! ¡Le prohíbo terminantemente que mencione este tema! ¿Me ha oído? Es algo sumamente secreto...

—Establecido entre la Tierra y Srelgar sin el conocimiento de los pueblos respectivos, ¿verdad?

—Es un asunto de Estado que se lleva a nivel de ministerios estelares, por lo menos.

—Eso no me convence. Las bombas, ¿serán enviadas o no?

Cobin le miró fijamente.

—Lo siento —contestó.

Extendió la mano derecha y presionó un timbre. Un secretario de embajada penetró en el acto.

—¿Excelencia?

—Wahner, comunique a la policía que tengo en mi despacho a un fugitivo de la justicia —dijo Cobin cortantemente.

—Sí, Excelencia.

Wahner se retiró. Tsari encendió un cigarrillo.

—De modo que me entrega usted a la policía —dijo—. A mí, a un terrestre, a un compatriota suyo…

—A un acusado de un delito de suma gravedad, y para el cual no hay protección en esta Embajada —declaró Cobin altisonantemente.

—Está bien —dijo Tsari—. Creo que esto deslinda los campos de manera suficiente.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y miró al embajador.

—El secretario de Asuntos Interestelares conocerá su comportamiento —anunció fríamente.

Cobin sonrió.

—Estoy seguro de que lo aprobará. Él mismo reconocerá el error que cometió al enviarle aquí —dijo.

—Peor todavía.

—¿Cómo?

—Que lo que acaba de decir reafirma mis convicciones. Embajador, he tenido sumo disgusto en hablarle.

Cobin se quedó parado un momento. Tsari, entonces, se dirigió hacia la ventana más próxima, la abrió y se puso en pie sobre el alféizar.

—¿Cuándo zarpa la nave con las bombas? —preguntó.

—Está loco si piensa que voy a facilitarle semejante detalle —gritó Cobin.

—Bien, ya lo averiguaré… Pero también en la Tierra sabrán qué pandilla de gentes sin escrúpulos tienen actualmente como gobernantes. ¡Hasta la vista, farsante!

Y saltó al espacio, desapareciendo inmediatamente de la vista de Cobin.

El embajador lanzó un agudo grito y se precipitó hacia la ventana. Miró hacia abajo, pero Tsari describía ya una curva ascendente y ganaba altura a gran velocidad.

En pocos momentos desapareció de la vista del embajador. Entonces, Cobin enloquecido de pánico, se precipitó en el gabinete

de cifra de la embajada.

—Pronto —gritó—, apresúrense a cifrar un mensaje urgentísimo para el secretario de Asuntos Interestelares...

Estaba seguro de que la nave llegaría a Srelgar. Pero no era esto lo que más le preocupaba.

Su preocupación estribaba en que el asunto se hiciese de dominio público. Antes de que Tsari hiciese nada, era preciso orquestar una campaña de contrapropaganda, a fin de convencer a los habitantes del Sistema Solar de la bondad del pacto establecido con Srelgar.

Resultaría difícil, pero lo conseguirían. Y en cuanto a Carrell... bien, cuando le echasen mano, se quitarían una preocupación de encima.

La policía de Braffis solía justificar su buena fama. Carrell no estaría en libertad mucho tiempo más.

Tsari ignoraba las intenciones del embajador, pero se sentía verdaderamente dispuesto a que las bombas llegasen a Srelgar.

Hacía más de un siglo que aquellas bombas habían sido construidas. Jamás había habido un solo gobernante terrestre que sintiese la veleidad de utilizarlas. Pero los actuales parecían haber variado de criterio... aunque el empleo de aquellas funestas bombas se realizaría a más de cuarenta años de luz del Sistema Solar.

Esto era lo de menos. Para Tsari, los habitantes de cualquier planeta terrestre o no, no podían ser exterminados, convertidos en polvillo cósmico sólo por el capricho de un sátrapa veleidoso y devorado por la ambición.

Ni siquiera, aunque la razón hubiese estado de parte de Braffis, habría permitido una cosa semejante. Las crisis podían solucionarse con algo mejor que con destrucciones de planetas.

Ignoraba los medios que emplearía para ello, pero no le cabía la menor duda de que Yania le ayudaría.

Minutos más tarde, perdió altura. La gente no se extrañó de verle descender del cielo: aunque pocos, siempre se veían algunos afortunados que disponían de transportadores antigravitatorios. Guardó el suyo y caminó a pie en dirección a la casa de Yania.

Cuando llegaba, se encontró con una enorme sorpresa.

Había dos aeromóviles policiales parados ante el edificio. Un guardia cubría la puerta y otro estaba junto a los vehículos.

Tsari se detuvo en la esquina más próxima.

—Han descubierto el escondite de Yania —se dijo.

Momentos después, Yania salía de la casa.

Dos hombres flanqueaban a la joven, llevándola en los brazos, poco menos que suspendida en vilo. Otros dos, pistola al puño, les seguían, mirando recelosamente en todas direcciones.

Yania se encontraba en un grave aprieto. Tsari sabía que Braffis no se andaría con contemplaciones.

El Gran Coordinador no reconocería oficialmente a Yania. Le aplicaría un nombre cualquiera, la haría acusar de un delito común y ordenaría que la ejecutasen.

Y ello podía resultar peligroso para Kolzagar, teniendo en cuenta que aún faltaban cuatro años para que diesen comienzo las primeras eliminatorias para la elección del próximo Protector. Durante diez años más, Kolzagar estaría sin cabeza visible.

¿Qué más podía pedir Braffis?

Empujada por los esbirros. Yania se acercó al vehículo policial.

Entonces, Tsari se decidió a intervenir en favor de la joven.

CAPÍTULO V

Introdujo la mano dentro de la blusa y sacó la pistola paralizante.

Los primeros en caer fueron los dos policías que caminaban en retaguardia. Los efectos de los proyectiles eran instantáneos.

Alguien lanzó un sorprendido juramento. Uno de los policías soltó a Yania.

Tsari lo abatió también. El otro empujó brutalmente a la muchacha, introduciéndola de golpe dentro del coche. Luego se volvió, iniciando la acción de sacar la pistola para disparar contra Tsari.

El joven se le anticipó. En aquel momento, el vehículo en que se hallaba Yania arrancó como un meteoro.

El joven echó a correr. Aún quedaba otro aeromóvil, pero su conductor se dispuso a defenderlo.

La pistola del policía chasqueó. Tsari sintió junto a su cuerpo el

calor del disparo desintegrante, que abrió un enorme boquete en la pared de la casa que tenía a sus espaldas.

Tsari disparó por quinta vez. El policía se puso rígido y luego cayó al suelo.

Tsari saltó por encima de él y se metió dentro del vehículo. Presionó el botón de puesta en marcha y al mismo tiempo, puso en funcionamiento el mecanismo de elevación.

El manejo del aeromóvil era de una simplicidad pasmosa. Con la mano izquierda se manejaba el mando de velocidad. Una palanca, a la derecha, servía para guiarlo en la dirección requerida, según los movimientos impresos a la misma, que eran los cuatro básicos en todo vehículo: adelante, atrás, derecha e izquierda, o combinaciones de los mismos.

Bastaba mover la palanca en la dirección requerida, para que el aparato obedeciese al instante.

El aeromóvil que conducía a Yania volaba raudamente hacia el Gran Océano. Tsari se preguntó, perplejo, a dónde podían llevar a la muchacha.

En pocos momentos, la ciudad y la tierra firme quedaron atrás. Dado que el aeromóvil era un vehículo diseñado para moverse en un medio gaseoso, su velocidad tenía un límite que no se podía sobrepasar.

Tsari empujó la palanca a fondo. Eran aparatos sub-atmosféricos, de cierta lentitud. Ganó un poco de velocidad, pero el que le precedía mantenía las distancias.

Entonces, Tsari concibió una idea. Conque ganase sólo cincuenta o sesenta kilómetros por hora, tendría más que suficiente.

Sacó el transportador y anuló su peso. El aeromóvil pareció dar un salto hacia adelante.

Tsari sonrió satisfecho. Ahora, el vehículo le llevaba, pero era como si volase en vacío, al suprimirle sus ochenta y tantos kilos de peso.

Lenta pero inexorablemente, fue acercándose al otro vehículo. Con el ceño fruncido, Tsari se dio cuenta de que el aeromóvil que le precedía arrumbaba directamente a la isla Addinar.

Se preguntó con qué objeto el policía llevaría a la muchacha hacia aquellos parajes. Pero no podía entretenerse en elucubraciones.

A pesar de sus esfuerzos, el aeromóvil perseguido consiguió alcanzar la vertical de la isla. Tsari estaba ya a menos de cien metros.

La altura sobre Addinar era de unos cinco mil metros. Debajo de él se divisaba una enorme extensión de verdor, interrumpida en algunos puntos por algunas manchas de un amarillo ocre, de tétricos tonos.

Tsari se estremeció. Sabía lo que significaban aquellas manchas.

De pronto, cuando ya estaba a menos de veinte menos del otro aeromóvil, vio que se abría una escotilla. El aparato se agitó violentamente.

Tsari lanzó una exclamación de alarma. ¿Qué diablos pasaba allí?

Antes de que pudiera explicárselo, vio que Yania asomaba medio cuerpo por la escotilla. El piloto la empujó brutalmente y la muchacha cayó en el vacío.

Sus negros cabellos ondearon mientras descendía vertiginosamente. El aeromóvil policial describió una vuelta en redondo y se precipitó contra el de Tsari.

Los dos aparatos chocaron con tremendo estrépito. Pero sus ocupantes ya no estaban dentro de ellos.

El piloto policial usó sus paracaídas. Tsari no lo tenía.

Pero sí disponía de su transportador antigravitatorio. Sin embargo, se dio cuenta de que, pese a la diferencia de peso, la distancia entre él y Yania no se reduciría a tiempo de salvarla, descendiendo en caída natural.

Sólo había un medio: conectar el aparato en sentido inverso.

La gravedad se triplicó. Tsari descendió como un proyectil.

A mil metros de altura, alcanzó a Yania.

Durante un segundo, los dos jóvenes descendieron emparejados. Ella le dirigió una mirada de súplica. El rugido del viento hacía imposible que pudieran hablar.

Tsari extendió el brazo y agarró la cintura de la joven, a quinientos metros de altura tan sólo. Luego, con gran habilidad, refrenó la marcha, hasta detenerse totalmente a unos metros del suelo.

—Nos refugiaremos aquí —dijo él.

Ella le miró aterrada.

—No, por Dios, nunca, Tsari —dijo.

—¿Qué? Tenemos que simular que hemos desaparecido. De lo contrario...

—Si nos quedásemos en Addinar, no llegaríamos vivos a mañana —dijo Yania.

—¿Qué sucede? ¿Qué hay en Addinar?

—Fieras, Tsari. Las más horribles fieras que existen en Srelgar. Además, hay arenas vivientes...

—Lo sé. Las vi desde la altura. Pero lo demás es selva y, modestamente, yo estoy habituado a desenvolverme en parajes semejantes.

—No en las selvas de Addinar, Tsari... —De pronto, Yania lanzó un grito—. ¡Mira!

Tsari volvió la cabeza. Yania soltó uno de sus brazos y señaló un punto situado a lo lejos.

El piloto descendía en paracaídas. Pero iba a caer directamente sobre un banco de arenas vivientes.

Un alarido de terror llegó hasta ellos.

—¡Tienes que salvarle, Tsari! —dijo Yania.

—Muy bien, pero no puedo sostener a dos personas a la vez.

Había un árbol de gruesas ramas a corta distancia. Tsari depositó a la muchacha sobre una de las ramas.

—Espera aquí —dijo.

Luego se lanzó adelante, a la máxima velocidad posible. El piloto se hallaba ya a menos de cincuenta metros del suelo.

Debajo de él, la arena, lisa hasta entonces, se movía con suaves ondulaciones. Billones de minúsculos animales de metabolismo silíceo se agitaban excitadamente, presintiendo la presa que no iba a tardar en caer sobre ellos.

Los esfuerzos del piloto para orientar el paracaídas habían resultado inútiles. El banco era demasiado extenso e iba directamente a caer casi en su centro.

Tsari se elevó unos metros, a la vez que alargaba la mano derecha para asir el paracaídas. Era la mejor solución: elevar al piloto y conducirlo luego a lugar seguro, antes que abrazarse a él, dada la cortísima distancia que le separaba del suelo.

Su gesto resultó inútil. El piloto cayó en la arena.

Rodó por el suelo y se levantó de un salto, aullando con ciego

frenesí.

—¡Estire los brazos! —gritó Tsari.

El piloto corría frenéticamente, dando grandes saltos por la arena, que parecía tener cierta consistencia. Tsari descendió hasta unos pocos metros de altura y consiguió agarrar uno de los bordes del paracaídas.

Parte de la tela tocaba ya la arena. Aterrado, Tsari observó que una extensa mancha amarilla se extendía con vertiginosa rapidez por el paracaídas.

Soltó la tela en el acto. Un segundo más, y su mano habría sido alcanzada por aquellos voraces animales, ninguno de ellos mayor que lo que representaban: un grano de arena.

Las piernas del piloto estaban sumergidas ya hasta la rodilla. Su carrera se había reducido a unos pasos torpes y premiosos, pero seguía gritando de una manera espeluznante.

Aquel hombre estaba condenado a muerte. Las arenas vivientes trepaban por su cuerpo. Sus ropajes empezaban a mancharse de rojo.

En pocos segundos más, su cara se convirtió en una máscara de sangre. Insaciables, los diminutos animales silíceos penetraban por todo su cuerpo a millones, al mismo tiempo que se hundía más y más en la arena.

Un minuto más tarde, sólo quedaba una mancha roja en aquel lugar. Todo lo que no fuera metal había sido devorado por las arenas vivientes.

Tsari sintió lástima por aquel sujeto, que se había buscado la muerte a sí mismo con ciego fanatismo. O tal vez había sido el temor al castigo lo que le había impulsado a cometer aquella desatentada acción.

—Tanto da —se dijo. Y en aquel momento, oyó gritar a Yania.

—¡Tsari, socórreme!

Algo aleteó con siniestros tableteos de gran volumen sonoro. Tsari volvió la vista.

Sintió frío en el acto. Un enorme animal volador, mezcla de vampiro y buitre, se precipitaba en aquel momento sobre la joven.

Tsari lo reconoció en el acto: era un pterodáctilo sralgariano, semejante en cierto modo a los reptiles voladores de la Era Secundaria terrestre, pero de un tamaño enormemente superior.

El joven se lanzó hacia el animal, con la pistola paralizante en las manos. Dudaba mucho, sin embargo, de que aquella arma fuese bastante para inmovilizar al monstruo.

Yania trató de refugiarse en la espesura del árbol. La bestia debía estar acostumbrada a que sus presas trataran de eludirla de aquella manera.

Manteniéndose en vuelo con un rápido aleteo de sus alas membranosas, apartó las ramas con el pico, de un tamaño descomunal. Aquéllas que le estorbaban fueron segadas en un santiamén.

Las garras se dispararon hacia abajo y atraparon a Yania, para después levantarla por los aires. Tsari llegó un instante tarde.

Disparó un proyectil. El pajarraco no pareció sentir sus efectos.

Sus alas medían casi una veintena de metros de punta a punta. En sus garras, Yania era poco más que una pluma.

Tsari disparó de nuevo, acercándose a la distancia mínima. El animal continuó volando impertérritamente, a la vez que ganaba altura.

Muy a lo lejos, entre la bruma que se elevaba de la selva, Tsari divisó unos riscos empinados. Adivinó que el animal llevaba una presa para alimento de su prole.

Los proyectiles paralizantes continuaban sin causar el menor efecto en la bestia. Desesperado, Tsari se arrojó sobre sus lomos y, tras enfundar la pistola y el transportador, se agarró al delgado cuello del animal con ambos brazos.

El reptil volador pareció sorprenderse un momento al sentir aquel peso sobre sus lomos. Trató de volver para golpear a Tsari con su pico dentado, pero el joven le asestó un tremendo puñetazo entre los ojos, que le hizo dar una sacudida en pleno vuelo. Un agudo graznido se escapó de la garganta del animal. Su cuello era largo y flexible, pero sumamente delgado en comparación con su fenomenal envergadura.

Tsari tiró hacia atrás. El pajarraco graznaba horrísonamente. Tsari insistió en sus esfuerzos.

Sus músculos se tensaron, amenazando con romper las mangas de su camisa. De pronto, sonó un seco crujido.

El pájaro dejó de aletear y descendió a plomo. Sus garras se aflojaron y Yania cayó.

Una vez más, Tsari se lanzó en persecución de la muchacha. En esta ocasión, la alcanzó cuando ya rozaba las ramas de un árbol.

Yania aparecía desmayada. Tsari agarró su cintura y refrenó su caída, justo rozando ya las primeras hojas del árbol.

En aquel momento, una rama le golpeó con fuerza en el brazo izquierdo. Un dolor intensísimo corrió a lo largo del miembro, obligándole a abrir los dedos instintivamente.

En una fracción de segundo, Tsari comprendió lo que había sucedido: una de las alas del reptil volador había golpeado el árbol y sus efectos le habían alcanzado a él de rebote.

Perdida la sustentación, cayeron a plomo, tronchando ramajes con sus cuerpos. De pronto, Tsari sintió un violento golpe y perdió el conocimiento.

* * *

Cuando abrió los ojos, anochecía ya. Algo húmedo le refrescó la cara.

Yania estaba arrodillada a su lado. Había arrancado parte de sus vestiduras para empapar la tela en agua y ayudarle a recobrarse.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

Tsari hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—No parece que tenga un hueso roto —contestó.

—Pero debes sentirte molido —sonrió Yania.

—Así, así... —Tsari torció el gesto—. ¡Qué olor tan repugnante! —se quejó.

Ella le señaló un enorme cuerpo tendido en la hierba, a pocos pasos de distancia.

—Es el reptil volador. Nunca despidieron un perfume agradable.

—Desde luego. —Tsari se oprimió las sienes con ambas manos —. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Yania le contempló con gesto desesperanzado.

—No podremos salir de aquí —dijo.

—¿Por qué? Tenemos el transportador antigravitatorio...

—Se ha inutilizado al chocar contra el suelo. ¿Crees que no intenté sacarte de aquí? Pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

Tsari tomó el aparato y lo contempló con expresión fúnebre.

—¿Estamos condenados a quedarnos aquí? —preguntó.

—Sin el aparato, no veo la forma de salir de Addinar. ¿Por qué crees que me traían a esta isla infernal?

—Entiendo —dijo él pensativamente—. Pero todavía estamos vivos.

—No por mucho tiempo. Mira.

Tsari siguió con la vista la dirección que le señalaba la muchacha.

—¡Demonios! —respingó.

Una ancha hilera de color rojo oscuro se movía con suaves ondulaciones a corta distancia de ellos.

Los animales parecían hormigas, sólo que tenían ocho pares de patas, en lugar de tres como las terrestres. Además, su tamaño era exorbitante, unos quince centímetros de longitud.

La columna medía varios metros de anchura y sus filas estaban apretadísimas. Un tenue zumbido se desprendía de aquella colosal bandada de insectos, cuyas antenas vibraban con incesante rapidez.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo él, poniéndose en pie de un salto.

—No temas —dijo Yania—, esos insectos no nos atacarán. Son necrófagos.

Tsari respiró aliviado. La verdad era que la visión de aquella columna en marcha, no tenía nada de tranquilizadora.

Los insectos cubrieron en escasos segundos el cuerpo del pterodáctilo muerto e inmediatamente dieron comienzo a su macabra labor. Tsari volvió la cabeza a un lado con expresión de asco.

—Vamos —dijo, agarrando a Yania por un brazo.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero hacia la costa, por lo menos... y cuanto antes —respondió decididamente.

CAPÍTULO VI

La situación de la pareja no podía ser más crítica.

Estaban en una isla, que parecía un trozo de mundo arrancado a la Prehistoria, sin medios para salir de él y con una pistola paralizante por todo armamento, para la cual ya sólo quedaba una docena de proyectiles.

Pero éstos se hallaban calculados científicamente para causar efectos en un cuerpo de la envergadura del de un ser humano, por lo que resultaban inútiles para animales de tamaño superior. Tsari se arrepintió amargamente de no haber tomado una pistola desintegradora en el túnel submarino. Sin embargo era ya tarde para lamentaciones.

El día declinaba. Pronto se pondría el tercer sol de Srelgar.

Tsari avanzaba delante, con la pistola en la mano. De cuando en cuando, se oían a lo lejos unos espeluznantes rugidos.

—¿Por qué no arrasan esta isla? —dijo él—. Podrían exterminar todo cuanto vive sobre ella y luego repoblarla.

—Los srelgarianos la conservan como una curiosidad natural. Algunas veces, vienen expediciones de científicos para estudio de la fauna y la flora; otras, son ricos ociosos que vienen para una cacería.

—Comprendo. Pero ¿no hay temor de que esos pajarracos puedan llegar hasta la capital?

—No. Por fortuna, su resistencia es muy limitada y necesitan posarse en el suelo con frecuencia para descansar. De aquí a Srelgar hay más de cien kilómetros de mar abierto y no tienen potencia para un vuelo de tanta longitud.

—Lo cual no deja de ser una suerte para los srelgarianos —comentó Tsari cáusticamente.

El tercer sol estaba ya sobre la línea del horizonte. La suma de la potencia lumínica de las tres estrellas, venía a ser, aproximadamente, como la que proporciona el Sol terrestre, por lo que, al faltar dos de dichos astros, la iluminación era ya deficiente.

Tsari se detuvo de pronto.

—Tendremos que hacer algo, Yania —dijo. Miró en torno suyo—. Es una lástima que no tenga siquiera un cuchillo.

—¿Para qué?

—Cortaría ramas y encendería fuego… pero tampoco tengo fósforos. —De pronto recordó un detalle—. ¡Espera!

Metió la mano en el bolsillo y extrajo una tira de fósforos con el emblema de la embajada terrestre.

—Los cogí de la mesa cuando estuve hablando con el embajador y me los metí en el bolsillo sin darme cuenta —explicó.

—Eso no me lo habías dicho, Tsari.

—Lo siento, he estado muy atareado, cuando no desmayado —sonrió él—. Vamos a ver si reunimos ramas para hacer una buena hoguera; luego te contaré lo que pasó.

—De acuerdo.

Al llegar la noche, tenían ya un buen fuego. Tsari trabajó incansablemente, reuniendo ramas sin parar durante cerca de dos horas, hasta que consiguió formar un gran montón. En aquel ambiente tropical, el calor de la hoguera resultaba agobiante, pero su vivo resplandor les confería una sensación protectora que aliviaba no poco sus aprensiones.

—Desde los principios de la humanidad, el fuego ha sido siempre el más fiel aliado del hombre —filosofó Tsari—. Aunque me estoy derritiendo, me siento mucho más tranquilo.

Yania estaba indolentemente reclinada sobre la hierba, en una postura que hacía resaltar las sugestivas curvas de sus senos. Había conseguido encontrar unas cintas vegetales, con las cuales se había anudado el cabello, dejando el rostro descubierto, así como las orejas y el cuello de cisne. El medallón, con el emblema nacional de Kolzagar, brillaba entre sus senos, despidiendo rojizos resplandores.

—Dijiste que me ibas a explicar lo que pasó en la Embajada terrestre —habló ella al cabo de unos minutos.

—Es cierto, lo había olvidado.

Cuando Tsari hubo terminado su narración, ella se quedó muy preocupada.

—Parece ser que vuestro gobierno no es tan pacífico como aparenta —observó.

—Algunos de sus componentes —dijo él—. El ansia de apuntarse un tanto, con la incorporación de un nuevo planeta al Sistema Solar, les hace desechar muchas de sus antiguas ideas políticas sobre la paz y la no violencia.

Yania suspiró.

—Lo malo es que, siguiendo en Addinar, no veo cómo vamos a poder impedirlo.

—Saldremos de la isla —afirmó él—. Lo importante es sobrevivir. Si lo conseguimos, lo demás no me preocupa excesivamente.

—Pero la nave con las bombas ha salido ya o está a punto de salir —se quejó ella.

—Aún tenemos tres semanas de tiempo —contestó Tsari. Luego le dio un consejo—: Lo mejor será que intentes dormir.

Ella se tendió del todo.

—Lo intentaré —dijo—. Buenas noches, Tsari —se despidió de él con una sonrisa.

—Buenas noches, Yania.

Con gran frecuencia se oían rugidos, bramidos y hasta chillidos de agudo tono. La selva era un hervidero de animales en movimiento, luchando por su supervivencia.

Tsari se pasó la mayor parte de la noche manteniendo la hoguera encendida. Una vez, oyó el rumor de las pisadas de un animal a corta distancia, pero no pudo verle. El animal debía de tener un tamaño gigantesco, a juzgar por el ruido que hacía al caminar, tronchando ramas y hasta pequeños árboles.

Yania le relevó cerca del amanecer. Cuando se hizo de día, Tsari se puso en pie, sin querer continuar durmiendo.

—Nuestro interés se centra en alcanzar la costa cuando antes —contestó a las objeciones de la joven.

Caminaron durante varias horas. El avance era forzosamente lento, debido a la espesura de la vegetación.

Dos veces tuvieron que dar sendos rodeos, para evitar bancos de arenas vivientes. Finalmente, a mediodía, cuando el sol central estaba en el cenit, Tsari propuso hacer un alto.

Yania estaba sumamente fatigada y se sentó al pie de un árbol. Tsari, tanto como cansado, estaba hambriento.

—Voy a ver si encuentro comida —dijo.

Unos minutos después, se tropezó con un arbusto de gruesas ramas, de las que pendían unos frutos esféricos, de color verdoso y del tamaño de un coco terrestre. Tsari arrancó uno, lo partió de un golpe y probó la pulpa blanco amarillenta de su interior.

Era dulce y jugosa.

—Calmaremos el hambre y la sed —murmuró, satisfecho.

Arrancó media docena de frutos y regresó junto a Yania.

Cuando estaba a poca distancia de la muchacha, oyó su voz:

—¡Tsari!

Inmediatamente, sonó un atroz bramido.

Tsari dejó caer los frutos y echó a correr.

—¡Aquí, Yania! —llamó, para orientarla.

El bramido se repitió. Parecía brotar de una garganta de tamaño descomunal.

Tsari sacó la pistola paralizante, aun a sabiendas de que no conseguiría nada. Su suposición se vio confirmada segundos después.

Yania le alcanzó y se le abrazó estrechamente. Tsari contempló atónito el enorme animal que tenía a una veintena de metros de distancia.

Era un ser de pesadilla, como sólo se podía dar en un mundo como Srelgar. La primera impresión que uno recibía al verlo era que se trataba de un diplodocus, pero con tres pares de patas. La cola medía más de quince metros y hacia su mitad se bifurcaba, para concluir en sus extremos en dos largos dedos provistos de uñas largas y afiladas como sables.

La altura del monstruo era de unos seis metros, del suelo a la cruz. Cuando alzaba la cabeza, al final de su interminable y serpenteante cuello, sus mandíbulas podían morder cualquier cosa que estuviese a doce metros de altura.

El color de su piel, compuesta por enormes escamas, que más parecían losas de piedra, era grisáceo. La longitud total, de la cabeza al final de la cola doble, era de unos treinta y cinco metros.

—Estos animales, teóricamente, son vegetarianos —murmuró Tsari—. Pero, claro, uno no sabe si de vez en cuando les agrada cambiar de dieta.

El monstruo les miró; sus ojos parecían menudos en comparación con el resto del cuerpo, aunque eran tan grandes como la cabeza de un hombre. Su cola se agitó, emitiendo unos chasquidos aterradores. Pareció que el animal iba a cargar contra ellos. De pronto, sonó un fenomenal estampido.

Una nubecilla de humo apareció en uno de los costados del monstruo, que se estremeció violentamente, a la vez que emitía un atroz rugido. Tsari y Yania se quedaron atónitos al oír la detonación, que parecía provenir de un arma de gran calibre.

Apenas una fracción de segundo después, se oyó otro estampido, éste más apagado. Tsari comprendió que el proyectil que alguien acababa de disparar, había hecho explosión en el interior del cuerpo del monstruo.

Sonó otra detonación. La cabeza del animal se agitó con

inenarrable violencia cuando un segundo proyectil le alcanzó en la base del cuello.

Un hombre apareció de repente ante ellos. Iba provisto de un fusil de caza de gran calibre -Tsari calculó que era un 30 mm.- con visor automático y cartuchos sin retroceso. El hombro de una persona no hubiese podido resistir de otro modo la sacudida del culatazo.

El desconocido se situó delante del monstruo, a quince metros de distancia. Apuntó con todo cuidado y disparó.

La granada atravesó las placas óseas pectorales, penetró en el cuerpo profundamente e hizo explosión a muy poca distancia del corazón de la bestia. Sus patas delanteras se doblaron, pero el animal poseía una vitalidad realmente extraordinaria.

El cazador metió otro cartucho en la recámara y alzó el cañón, cuya culata salía por detrás de su hombro. El visor automático movió ligeramente el cañón, hasta lograr encuadrar el objetivo con toda exactitud.

La cuarta granada entró por la boca abierta del monstruo y explotó en su cerebro. Parte de los huesos del cráneo volaron por los aires.

El animal se derrumbó de repente, fulminado por el último disparo. Su cola se agitó todavía varias veces, pero, poco a poco, sus movimientos se atenuaron hasta cesar del todo.

Tsari dio un paso hacia adelante, a fin de agradecer al cazador su oportuna intervención.

Entonces sintió que Yania le agarraba por un brazo.

—Mira —susurró ella.

El cazador estaba al pie de un árbol. Una rama pareció desgajarse y descendió en silencio hacia el hombre.

Tsari disparó dos veces. Los proyectiles inmovilizaron a la serpiente instantáneamente. El reptil cayó al suelo, a pocos pasos del cazador, quien se volvió en el acto, con el fusil aprestado.

—No tire —dijo Tsari.

El hombre les miró con sorpresa. Bajó la vista un momento, contempló la serpiente a sus pies y se apartó de un salto.

—¿La han matado ustedes? —preguntó, aprensivamente.

—Sólo inmovilizado —sonrió Tsari. Yania caminaba a su lado—. Esta pistola no da más de sí. Pero le iba a atacar a usted...

El cazador respiró aliviado.

—Me han salvado de una buena —dijo—. El veneno de esa serpiente es peor que mortal. Provoca la locura y, hasta ahora, no se conoce antídoto contra sus mordeduras.

—Entonces, será mejor que la remate —aconsejó Tsari—. Es un animal bastante grande y no sé cuánto durará el efecto de los proyectiles paralizantes.

—Desde luego. Me llamo Natzumar, señor Carrell —se presentó el cazador.

Tsari enarcó las cejas.

—¿Me conoce usted? —preguntó sorprendido.

Natzumar se echó a reír, mientras desenfundaba un machete de un metro de largo y diez centímetros de ancho, afilado como una navaja de afeitar.

—A usted y a esa linda dama que tiene a su lado —contestó. Blandió el machete y decapitó a la serpiente de un solo golpe—. La efigie de ambos ha sido reproducida con profusión en la ciudad.

Tsari frunció el ceño.

—Acusados de criminales o algo por el estilo —dijo.

—Conspiración, alta traición, intento de magnicidio y qué sé yo cuántas cosas más —declaró Natzumar—. Se ofrece también una bonita recompensa por ambos.

—Usted puede ganársela, Natzumar —dijo Tsari intencionadamente.

El individuo se encogió de hombros.

—Soy cazador de fieras, no de hombres —respondió.

Dio la vuelta al monstruo abatido y cortó las garras de la cola, que levantó en alto. Cada una de las uñas era casi tan grande como su machete.

—Bonitos trofeos —dijo, satisfecho. Luego miró a la pareja—. Aposté a que llevaría cuatro garras de diplodocus exápodo en menos de cuarenta y ocho horas. La apuesta que ganaré importa más del doble que la recompensa que ofrecen por ustedes.

Tsari y Yania guardaron silencio. Su futuro dependía de la actitud que observase Natzumar.

—No vine nadando —sonrió el cazador—. Puedo llevarlos de vuelta a la capital, a menos que deseen continuar en este infierno.

—¿No teme usted comprometerse por nosotros? —preguntó

Yania.

Natzumar se encogió de hombros.

—Me han salvado la vida y suelo ser hombre agradecido —respondió llanamente.

CAPÍTULO VII

La suerte no les había abandonado del todo. Ya tenían solucionado el problema del regreso.

El aeromóvil de Natzumar se hallaba en la orilla, en un lugar despejado. Una vez dentro del vehículo, Tsari y Yania pudieron calmar el hambre que sentían.

—¿Piensa usted regresar a la ciudad inmediatamente, Natzumar? —preguntó el joven.

—Desde luego. Lo siento por ustedes, pero tengo pendiente una apuesta y he de llegar antes de la noche para ganarla.

—Pero usted dijo que eran cuarenta y ocho horas —alegó Yania.

—Llegue anteanoche —sonrió Natzumar—. El plazo se cumple al oscurecer del día de hoy.

Tsari apretó los labios. Honradamente, no podían forzar a Natzumar a que esperase a que se hubiera hecho de noche.

—Escuche —dijo ella—, yo le pagaré el doble de lo que iba a ganar con su apuesta...

—El dinero no me interesa tanto como presentar los trofeos —manifestó Natzumar—. Lo siento, repito; pero es todo lo que puedo hacer.

Yania se mordió los labios con gesto vacilante.

—¿Tiene usted transmisor de radio? —preguntó.

—Naturalmente —contestó el cazador.

—¿Me permite usarlo?

—No faltaría más, señorita.

Natzumar indicó a la joven el lugar donde estaba el transmisor. Yania manipuló en el mando de frecuencias y emitió una señal convenida varias veces.

De pronto, dentro del aparato sonó una voz:

—Solar Cinco en atención de órdenes.

—Habla Solar Uno —dijo Yania—. Estamos en Addinar, dirección tres nueve nueve siete cuatro. Necesitamos ayuda con urgencia. ¿Puede prestárnosla?

—Lo intentare. Esperen ahí.

—Gracias, eso es todo.

Yania cortó la comunicación.

—Es uno de mis agentes —explicó—. Vendrá enseguida.

—Muy bien —dijo Natzumar—. Me alegro de que vengan a rescatarles. Y ahora, si me lo permiten...

—¿Que va a hacer usted? —preguntó Tsari.

—Volver a la ciudad, naturalmente. Me quedan un par de horas solamente para ganar la apuesta.

—Nosotros nos quedamos —dijo Tsari.

—A su gusto. —Natzumar se encogió de hombros—. Créanme que no puedo hacer más.

—Sí puede hacer algo —indicó Yania.

El cazador la miró inquisitivamente.

—Déjenos su fusil. Podemos necesitarlo.

—Bueno, si sólo se trata de eso...

Tsari se hizo cargo del arma. Natzumar le entregó una pesada bolsa llena de municiones, después de lo cual, los dos jóvenes abandonaron el aparato.

Natzumar emprendió el vuelo inmediatamente. Segundos después, se había perdido de vista.

Tsari permaneció callado largo rato. Su silencio intrigó a la joven.

—¿En qué piensas? —preguntó, después de mucho tiempo.

—En las seis bombas que ya han salido o están a punto de salir de la Tierra hacia Srelgar —contestó él.

—¿Tienes alguna idea al respecto?

—No, pero estoy tratando de dar con la solución. No me gusta que nadie tenga esas bombas para destruir los planetas a su capricho.

Tsari volvió a guardar silencio. Al cabo de varios minutos, dijo:

—Si supiera cómo desarmarlas...

—Lo interesante sería llegar hasta ellas. De desarmarlas, me ocuparía yo.

Tsari miró a la joven con sorpresa.

—¿Conoces acaso su mecanismo? —preguntó.

Ella sonrió.

—¿Te extraña? Sí, lo conozco perfectamente. Antes de salir de Kolzagar recibí una completa instrucción.

—Pero... no entiendo. En tal caso, ¿cómo no habéis fabricado vosotros unas bombas semejantes?

—Hay varios factores en contra nuestra. El primero y principal es que únicamente en tu planeta se fabrican determinadas piezas del artefacto. Es preciso reconocer que sois muy hábiles y que los circuitos microscópicos que ponen en funcionamiento los mecanismos de disparo no pueden ser producidos sino con ayuda de las máquinas que sólo los terrestres poseéis.

—Sigue —pidió él brevemente.

—Otro motivo se basa en que nos repugna la construcción de un arma semejante. Sí, ya sé que es una teoría tonta, pero nuestra forma de pensar, en Kolzagar, es muy distinta que la vuestra.

—A Braffis no parecen quitarle el sueño los escrúpulos —comentó Tsari.

—Braffis es un sádico, que debiera morir —dijo ella rabiosamente—. Por norma, nosotros respetamos la vida de toda persona, aun siendo culpable de los mayores delitos, pero es que hay cosas que incluso nosotros no podemos tolerar. Creo que no me remordería mucho la conciencia si tuviese que darle muerte yo misma.

Tsari se quedó pensativo unos momentos. Luego dijo:

—He oído hablar del poder de esa bomba, pero no comprendo cómo un artefacto, que no ocupa un volumen superior al mío, es capaz de convertir a todo un planeta en polvillo cósmico.

—El fundamento de ese arma monstruosa es la imposibilidad de que dos cuerpos, por distintos que sean en tamaño, puedan existir al mismo tiempo en el espacio —explicó Yania.

—Elemental —sonrió él—. ¿Qué más?

—La bomba está dotada de motores subespaciales. Una vez orientada hacia el planeta que se desea destruir, se sumerge en el subespacio. El mecanismo automático en conversión la hace surgir en un espacio normal... no pasaría nada, si ello ocurriese en un lugar vacío, como sucede con las naves interespaciales.

—Comprendo —dijo Tsari—. La bomba surge en el interior de

un planeta...

—Y su aparición se hace merced al empleo de una cantidad de energía fabulosa, que debe ser disipada en una amplia esfera, de gran radio... de la misma forma que un globo de goma explota en el aire sin causar más que un poco de ruido. Pero, si lo haces estallar bajo el agua, sus efectos, comparativamente, son mucho mayores. Aunque, claro está, debido a su pequeñez, no causa daño.

—Pero la cantidad de energía de uno y otra son incomparablemente distintas.

—Exactamente. Dije lo del globo solamente para que tuvieses una idea de lo que sucede en el momento de la «reaparición» de la bomba. La energía no se puede disipar... cuando una nave interestelar surge del subespacio lo hace siempre a varias decenas de millones de kilómetros del planeta más próximo. De este modo, la energía producida por la «reaparición» de la astronave, que se disipa en fracciones de segundo, se esparce en una vasta zona donde no puede causar daños.

—Y en el caso contrario, es decir, cuando la bomba surge dentro de un planeta...

—El planeta absorbe la energía. Naturalmente, tiende a disiparla de nuevo, es lógico. Y debe hacerlo de algún modo; es un aumento brutal, casi infinito, de la energía que produce un planeta constantemente y por sí solo, pero dicho aumento es de signo negativo. La absorción y disipación de esa energía produce una serie de tensiones que la estructura del planeta no puede soportar.

—Consecuencia: se convierte en polvo.

—Así es. La explicación resulta un tanto pobre, aunque espero haya sido gráfica.

—Lo he comprendido muy bien —respondió Tsari—. Y... ¿estás segura de que en Kolzagar no podéis reproducir los micromecanismos de la bomba?

—Conocemos la teoría, pero no podemos llevarla a la práctica ni, por otra parte, lo deseamos. Sólo queremos evitar la anexión...

—Pero ¿y si dispusierais de la bomba?

Los ojos de Yania centellearon.

—Apenas hay media docena de hombres que desean hacerlas funcionar. El principal es Braffis.

—Lo cual significa que debe ser eliminado.

—Sí, a menos que varíe de opinión.
—Lo cual parece muy poco probable.
—Creo haberte explicado sus intenciones, ¿no?
Tsari asintió.
De cuando en cuando, en la historia de los pueblos, surgían individuos ambiciosos, ávidos de gloria y de poder, para conseguir los cuales no reparaban en medios.
Y lo peor de todo era, se dijo, que algunos tontos les seguían, creyendo a ciegas en sus buenas intenciones; o tal vez lo hacían por el afán de obtener algún provecho.
Era preciso destruir las bombas, resumió finalmente.
Al precio que fuese.
Pasó un buen rato. De pronto, las aguas se arremolinaron a corta distancia de la orilla.
Yania se puso en pie de un salto.
—¡Ahí está! —exclamó.
Una pequeña nave de forma ahusada, con aletas triangulares hacia la popa, emergió a la superficie. El aparato se acercó a la orilla suavemente y su piloto lo hizo detener en la arena.
La cúpula se abrió. Un hombre joven, de aspecto agradable, apareció ante los ojos de los dos jóvenes.
—¡Capitán Wertel! —exclamó Yania.
—Señora —saludó el piloto.
Yania se volvió hacia Tsari.
—Ven—dijo.
Entraron en el aparato.
—Capitán, le presento a Tsari Carrell, de la Tierra —dijo ella.
—Celebro conocerle, señor —sonrió Wertel—. ¿Han pasado muchos apuros?
—Regular —sonrió Tsari—. Pero estamos con vida y…
Una campana empezó a sonar en aquel momento.
Wertel se precipitó sobre el cuadro de mandos. Una luz roja se apagaba y encendía alternativamente y sus oscilaciones coincidían con el tañido de la campana de alarma.
—¡Viene alguien! —exclamó.
Tsari se llenó los pulmones de aire.
—¿Tenemos tiempo de sumergirnos? —preguntó.
—No, correríamos el riesgo de ser hundidos por alguna bomba.

El joven tomó de nuevo el fusil de Natzumar.

—Bien, entonces nos defenderemos como podamos —dijo.

Y saltó fuera de la nave.

CAPÍTULO VIII

Una nave espacial picó sobre ellos a enorme velocidad. En el cielo se divisaban varios destellos luminosos, indicio seguro de que no era aquél el único aparato que se disponía a atacarles.

Yania abandonó de nuevo el sumergible. Tsari cargó el fusil y levantó un poco el cañón.

El visor automático hizo el resto. Tsari sintió que el cañón se movía por sí solo, mientras su dedo presionada suavemente el disparador, preparándose para hacer fuego.

Un diminuto círculo luminoso se encendió en el centro del visor. La puntería estaba hecha.

Tsari disparó. La detonación le dejó casi sordo.

Segundos después, la granada explotaba en la proa del aeromóvil. Brilló un fogonazo y el aparato, después de unas cuantas oscilaciones, cayó a plomo.

Tsari recargó el arma nuevamente. Un segundo aeromóvil se arrojaba sobre ellos.

El piloto descargó una bomba. Tsari se dio cuenta de que el infernal artefacto estallaría en sus proximidades.

Varió la puntería. La sensibilidad del visor era extraordinaria.

Disparó. La trayectoria del proyectil y de la bomba coincidieron.

Sonó una aterradora explosión. La onda expansiva, pese a la distancia, les hizo vacilar.

Tsari hizo fuego de nuevo consiguió derribar al aeromóvil antes de que su piloto, aturdido por el fallo, tuviese tiempo de reaccionar. El aparato se hundió en el mar, levantando un gran chorro de espuma.

Los restantes aeromóviles, en número de tres, parecieron detener su avance. Era evidente que los pilotos se sentían intimidados por el derribo de los dos que les habían precedido.

Volaron en círculo a gran altura. Tsari les seguía con el visor,

dispuesto a abrir el fuego nuevamente, apenas se presentase la ocasión.

De pronto, uno de los aparatos se lanzó verticalmente hacia abajo. Tsari disparó en el momento oportuno, pero la granada falló.

Había chocado con la rama de un árbol cercano, ya que el aeromóvil descendía de dentro a fuera de la isla. Tsari lanzó una maldición y recargó el fusil.

La bomba descendía ya, aullando pavorosamente. Tsari tiró casi a ciegas.

El estallido se produjo apenas a doscientos metros de distancia. Tsari y Yania fueron derribados por la onda explosiva.

El fusil cayó al agua. Tsari se consideró perdido.

Entonces, Wertel sacó una pistola desintegradora y disparó varias veces. El aeromóvil se convirtió en humo.

Los dos aparatos restantes emprendieron la huida. Tsari se puso en pie, tendiendo la mano a Yania.

Ella estaba sumamente pálida. Habían escapado a la muerte solamente gracias al fusil que Natzumar les había dejado tan generosamente.

Tsari se enjugó el sudor de la frente.

—Creía que no lo contaba —exclamó, respirando profundamente.

Wertel se acercó a Yania.

—Tenemos que irnos, señora —dijo.

—Muy bien —respondió la joven—. Tsari, cuando quieras.

El submarino estaba a pocos pasos de la orilla. Apenas si tuvieron que mojarse las rodillas para trepar al casco.

Luego entraron en la cabina, Wertel dio marcha atrás y el aparato desembarrancó.

A continuación lo hizo girar, aproando hacia aguas más profundas. A doscientos metros de la costa, inició la inmersión.

Las aguas eran de una transparencia total. Resultaba curioso navegar bajo una cúpula de resistente vidrio, contemplando el interior del océano con toda facilidad. Tsari se dijo que del material de que estaba construido aquel singular aparato debía ser de primera calidad, para resistir las enormes presiones a que estaban sometidos.

Y Wertel continuaba ganando profundidad.

—Cuanto más hondos estemos, más seguros nos sentiremos —dijo.

—Hay una cosa que no entiendo —habló Yania de pronto.

—¿Sí? —murmuró Tsari, que se había relajado en uno de los cómodos asientos del aparato.

—¿Cómo aparecieron tan oportunamente los aeromóviles? Es lógico suponer que Braffis nos diera por muertos, apenas supo que estábamos en Addinar. ¿Cómo envió luego aquellos aparatos a atacarnos?

Tsari reflexionó unos instantes.

—Sólo cabe una explicación —dijo al cabo.

—¿Cuál es?

—Natzumar.

Yania calló.

—Sí. Se cubrió con los dos bandos. A nosotros, nos entregó un fusil para que pudiéramos defendernos. Pero, al llegar a la ciudad, dio aviso de que nos habíamos salvado.

—No se le puede reprochar —manifestó Tsari—. De no haber sido por él, estaríamos muertos. Pero ahora hay otra cuestión que me preocupa mucho más.

—¿De qué se trata, Tsari?

—Las bombas.

Yania suspiró.

—Sí. Están en camino o a punto de ser enviadas desde tu planeta. ¿Cómo podríamos apoderarnos de ellas?

Tsari calló.

La empresa no tenía nada de sencilla.

Era de suponer que la nave que transportaba las bombas debía de estar fuertemente protegida. Intentar llegar hasta ella significaba la muerte segura.

—Yania —dijo él de pronto—, creo haberte oído hablar que vosotros conocéis el mecanismo que pone en funcionamiento las bombas.

—Bueno, aproximadamente... Lo que pasa es que carecemos de medios para reproducir algunos de sus circuitos, que son de tamaño microscópico.

—A mi entender —murmuró Tsari—, el mecanismo principal debe de ser el de propulsión subespacial. Anulando éste, la bomba

queda convertida en un cacharro cualquiera.

—Más o menos —convino ella con una sonrisa.

—Tenemos que llegar hasta la nave que transporta esas bombas —dijo él preocupadamente.

—No podrás hacerlo, Tsari —contestó Yania con acento pesimista.

—Será difícil, pero lo conseguiré. ¡Capitán Wertel!

—Diga, señor —respondió el aludido.

—¿Para cuánto tiempo hay aire en este cacharro?

—Todo el que usted quiera, señor —sonrió Wertel.

—Me bastan con diez o doce horas. ¿A qué profundidad estamos?

—Trescientos veinticuatro metros, señor.

—¿Puede sumergirse más?

—¡Ya lo creo! ¿A qué profundidad desea bajar?

—La suficiente para no ser detectados, al menos, con facilidad —dijo Tsari.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Yania, extrañada por aquella serie de preguntas.

El joven sonrió. Echó hacia atrás el respaldo de su asiento y estiró voluptuosamente las piernas.

—Dormir —contestó—. Dormir unas cuantas horas en un sitio tranquilo y sin ruidos. Lo estoy necesitando de un modo absoluto... Y puede que durante el sueño se me ocurra alguna idea para apoderarnos de las bombas. —Hizo una corta pausa—. Si lo consigo, colgaré una como trofeo en la chimenea de mi casa. Resultará decorativa.

Cerró los ojos y poco después dormía profundamente.

Wertel miró a la joven y sonrió. Yania sonrió también, ligeramente sonrojada.

—Usted también necesita dormir, señora —indicó el piloto.

—Lo intentaré —contestó ella.

Tsari durmió siete horas de un tirón. Al despertar, se notó mucho mejor, aunque con apetito.

El sumergible, pese a su pequeñez, era amplio interiormente. Tsari se aseó y luego preguntó a Wertel si tenía algo de comer. Wertel contestó afirmativamente.

Las voces de los dos hombres despertaron a Yania.

—¿Tienes ya una idea? —preguntó.

—Sí, pero todo depende de la ayuda que puedas prestarme —contestó Tsari.

—Hasta donde llegue —afirmó la joven—. ¿Cuál es tu plan?

—Creo que tienes un buen servicio de información en Srelgar, ¿no?

—Excelente.

—Bien, lo primero que debes hacer es enterarte en qué nave llegan las bombas. Asimismo debemos saber si vienen muy protegidas, si traen naves de escolta, la fecha exacta de partida, el punto de arribada... en fin, todos estos detalles, sin los cuales me resultará imposible actuar.

—¿Y después?

—Me apoderaré de las bombas y las destruiré.

—Muy bien. Haré lo que pueda. ¿Cuándo emergemos?

Tsari miró a Wertel.

—¿Qué hora es en la superficie, capitán?

—Falta poco para anochecer, señor.

El joven reflexionó unos momentos.

—Creo que debiéramos esperar veinticuatro horas más aquí, en el fondo del océano. Aun suponiendo que la nave hubiese zarpado ayer de la Tierra, no emplea menos de tres semanas en el viaje. Esto significa que tenemos vigilancia de los esbirros de Braffis.

Yania se mostró de acuerdo con la propuesta del joven. Luego pasaron a discutir uno por uno los detalles del plan, hasta haberlo acordado en sus más mínimos detalles.

A la noche siguiente, desembarcaron en la costa, en un lugar desierto, no lejos de la ciudad.

Era ya cerca de la madrugada, cuando Yania se detuvo frente a una casa de aspecto corriente. Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos.

Un hombre abrió poco después.

—¡Señora! —exclamó atónito.

—Hola, Derr Anfal —saludó Yania, sonriendo—. Éste es Tsari Carrell, de la Tierra. Tsari, te presento a Derr Anfal, uno de mis mejores agentes.

Tsari observó que Anfal ostentaba el emblema de la guardia de Braffis. Yania adivinó sus pensamientos recelosos.

—No temas —sonrió—. Anfal es kolzagariano, como yo. Entremos.

Anfal les condujo hasta una habitación sobriamente amueblada.

—Nos esconderemos en su casa, Anfal —decidió Yania—. ¿Cuál de nuestros agentes está en los laboratorios privados de Braffis?

—El profesor Maheriw, señora.

—Muy bien. En cuanto tenga ocasión, tráigale aquí. Quiero hablarle.

—Sí, señora.

Tsari sonrió.

—Tu servicio de información es estupendo —alabó.

—No tanto como yo quisiera, aunque mejor que lo que sospecha el Gran Coordinador —contestó Yania—. ¿Quiere enseñarme mi habitación, Anfal?

—Por supuesto, señora.

Luego, Anfal indicó a Tsari la habitación que ocuparía durante su estancia en la casa. El joven no se lo hizo repetir dos veces y se acostó de inmediato.

A la noche siguiente, llegó Maheriw.

Era un hombre de cierta edad y aspecto inocuo. Yania habló con él extensamente y Maheriw prometió hacer cuanto estuviese de su parte para complacerla.

Tres días después, Maheriw vino con una serie de planos bajo el brazo. Tsari dejó escapar una exclamación de contento.

Durante la semana que siguió, Tsari se entregó de lleno al estudio de los planos. Al terminar, estaba seguro de desarmar una de las bombas aun con los ojos vendados.

El servicio de información de Yania funcionaba satisfactoriamente. No tardaron en enterarse del detalle más esencial.

La nave que transportaba las bombas llegaría dentro de nueve días.

Se trataba de un aparato corriente, enmascarado bajo la apariencia de una nave privada comercial, con una docena de hombres de tripulación. El nombre y las demás características fueron conocidas también de Tsari.

Los últimos días fueron dedicados a completar los detalles del plan de ataque. Cuando faltaban cuatro solamente, Tsari se dispuso

a ponerlo en práctica.

Cuatro agentes de Yania le acompañarían en una nave. Yania quedaría en Kolzagar.

—¿Por qué no he de ir yo con vosotros? —preguntó la joven.

—Por la sencilla razón de que no debes exponerte a más riesgos. Tú te quedarás aquí —decidió Tsari—. Una vez hayas recibido mi mensaje, y yo sepa que lo has recibido, partirás inmediatamente hacia Kolzagar. Allí estarás segura del todo, ¿comprendes?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Podría obligarte a aceptar mi compañía —dijo.

—Entonces, no iría —respondió él.

Yania le miró durante unos instantes.

—Está bien —sonrió—. Me quedaré. Pero has de prometerme que enviarás el mensaje apenas haya terminado la operación.

—De eso no puede caberte la menor duda —contestó Tsari.

Los cuatro hombres que le acompañarían eran fuertes y decididos. Tsari los había estudiado a conciencia; después había procedido a asignar a cada uno el papel que debían desempeñar en la operación.

Cuarenta y ocho horas antes, Anfal les llevó a todos en un aeromóvil hasta una zona desierta del planeta, donde tenía preparada una astronave. Uno de los agentes de Yania sería el piloto.

Poco después, se lanzaban al espacio. Tsari se sentó junto al piloto y estuvo observando las pantallas de detección durante largo rato.

Transcurrieron casi doce horas antes de que el radar diese señales de que tenían a la vista la nave buscada.

—Está a veinticinco millones de kilómetros, señor —informó el piloto.

—Bien, vamos a equiparnos primero —decidió Tsari.

Poco después, los cinco hombres se habían embutido en sus escafandras espaciales. Una vez comprobado el perfecto funcionamiento de las mismas, Tsari ordenó a Vindo, el piloto, que lanzase el mensaje convenido.

Esperaron durante algunos momentos.

Una luz centelleó de pronto en el cuadro de mandos. La nave terrestre enviaba su respuesta por Morse.

Tsari deletreó el mensaje.

—Salgan de su nave y sepárense de ella en dirección sur polar. Pasaremos a recogerles dentro de una hora.

Vindo sonrió satisfecho.

—Han caído en la trampa —exclamó.

—Claro —dijo Tsari—. Así lo había planeado yo.

—Pero a mí no me hubiesen atrapado tan fácilmente, señor.

Tsari sonrió.

—Ellos vienen bajo el aspecto de una nave comercial inofensiva. Aunque no les guste, tienen que atender una demanda de socorro como la que les hemos enviado. No pueden hacerse sospechosos, ¿comprende?

—Sí, señor, ahora ya lo entiendo. ¿Salimos?

—Vamos.

Momentos después, los cinco hombres, provistos de sus escafandras espaciales y con propulsores individuales, abandonaban la nave, supuestamente averiada.

CAPÍTULO IX

La nave que transportaba las bombas fue agrandándose paulatinamente, hasta ocupar casi por completo el espacio delante de los cinco «náufragos». Una escotilla se abrió y un hombre, equipado también con escafandra, les hizo señas de que se acercasen.

Tsari fue el primero en penetrar en la esclusa. Apenas estuvo al lado del terrestre, le encañonó con su pistola, haciéndole señas de que permaneciese callado.

Pegó su casco al del sorprendido tripulante, a fin de que éste pudiera escucharle por simple vibración.

—Tu vida depende de tu silencio —dijo truculentamente.

Y luego, con un rápido gesto de su mano izquierda, le cerró el contacto del transmisor individual.

El hombre se quedó rígido. Tsari movió la mano y sus cuatro acompañantes le siguieron en el acto.

La compuerta exterior se cerró. Tsari indicó al tripulante

terrestre que debía actuar con toda naturalidad. El hombre estaba aterrado y obedeció sin rechistar.

Momentos después, se abría la compuerta interna. Un hombre apareció frente a Tsari.

—Hola, amigos. Me alegro de...

El terrestre calló de inmediato al verse bajo la amenaza de una pistola.

—¿Dónde está tu capitán? —preguntó Tsari.

—E... en la cabi... cabina de mando...

Tsari se volvió hacia sus acompañantes.

—Procuren que no se mueva nadie —ordenó.

Y luego se dirigió hacia una escalera que conducía al piso superior.

El capitán estaba hablando con uno de sus oficiales. Tsari escuchó unos momentos lo que decían.

—La carga deberá ser depositada en el lugar señalado. El Gran Coordinador en persona, saldrá a recibirnos...

—Temo que eso no será posible, capitán —habló Tsari entonces.

Los dos hombres se volvieron. El capitán respingó.

—¡Tsari! ¿Qué demonios...?

El joven se sorprendió también. Por rara coincidencia, conocía al capitán.

—¡Dubois!

—El mismo —contestó el comandante de la nave—. Tsari, ¿quieres decirme qué haces con esa pistola en la mano, como un malo de película?

—Lo siento, Dubois. He venido a apoderarme de tu nave y de su cargamento. Por favor, no hagas ningún movimiento sospechoso.

Dubois apretó los labios.

—Tenía informes de que habías sido enviado a desempeñar una misión cerca del Gran Coordinador —dijo—. Nadie me dijo, sin embargo, que la misión consistiera en traicionar a las gentes de tu propio planeta.

—Las bombas que transportas no serán utilizadas —declaró Tsari—. Debes ir acostumbrándote a la idea de que han cambiado de propietario.

—Kolzagar pretende atacar a Srelgar. Luego la emprenderá con nosotros —alegó Dubois.

—Eso es cosa de la propaganda —respondió Tsari—. Estoy en condiciones de afirmarte que no ocurrirá tal cosa. Lo que sí haré será inutilizar esas bombas; por nada del mundo consentiría que sirviesen para modelo de otras, que es lo que pretende, en parte, el Gran Coordinador.

—Tonterías. Nosotros seremos los encargados de custodiarlas...

—No. Te equivocas, Dubois. Las intenciones de Braffis son muy otras te guste o no. Disparará cuatro bombas y se quedará con dos para su estudio. Luego construirá más y acabará destruyendo a Kolzagar... si le dejo, naturalmente.

—¿Quién ha podido contarte semejante infundio? Braffis es un leal aliado del Sistema Solar...

—Por favor, Dubois —le interrumpió el joven—. No tengo ganas de seguir discutiendo. Repito que no queremos haceros daño, pero la nave es ahora nuestra. Una vez haya terminado yo de desarmar las bombas, os dejaremos libres, eso es todo.

—Te acusarán de traidor, Tsari.

—Cuando se sepa la verdad, puede que me den una medalla — rió el joven—. Vamos, salgan fuera los dos.

Momentos más tarde, los doce tripulantes quedaban encerrados en un amplio camarote. Tsari sonrió satisfecho.

—Resultó más fácil que lo que pensaba —dijo—. Vindo, usted y sus amigos se han portado muy bien.

—Muchas gracias, señor —sonrió el piloto.

—Ahora me iré a la bodega. Allí están las bombas. Procederé a desarmarlas una por una...

Súbitamente, Tsari sintió que algo duro se le apoyaba en el centro de la espalda.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó de mal talante.

Vindo sonrió, a la vez que alargaba su mano derecha hacia la pistola del joven.

—Usted no desarmará ninguna bomba, capitán —dijo.

Tsari le contempló fijamente durante unos momentos.

—Órdenes de Yania, supongo —dijo.

—Interés de Kolzagar, capitán —respondió Vindo evasivamente. Luego se echó a un lado—. Por favor...

Treinta segundos más tarde, Tsari quedaba encerrado en un camarote, desarmado y con un guardia de vista. El joven se sentó en

la litera y hundió la cabeza entre las manos.

Durante un largo rato, permaneció sumido en sus amargos pensamientos. Había sido juguete de una mujer sin escrúpulos.

En aquella intriga de política estelar, él no había sido sino el instrumento de que se habían valido unos desaprensivos para conseguir sus fines. Yania podía compararse a Braffis; los dos estaban al mismo nivel, fue la conclusión a que llegó finalmente.

Después de un tiempo cuya duración no supo calcular, se puso en pie.

Aún no estaba todo perdido. En medio de todo, le habían respetado la vida y ello era muy de agradecer.

—Tendrán que lamentarlo —murmuró.

Miró en torno suyo. Escapar por la puerta resultaba imposible.

La nave se acercaba a Srelgar. Tsari supuso que irían a recoger a la joven, para luego partir todos en dirección a Kozalgar.

Examinó atentamente el interior de la cabina, amplia y lujosamente decorada.

—Al menos —sonrió—, han tenido la delicadeza de dejarme la cámara del capitán.

Luego miró hacia arriba.

A dos metros del suelo, divisó una rejilla. Se puso en pie sobre la litera y examinó la pared.

Un suspiro de satisfacción se escapó de sus labios.

—No han cuidado de todas las vías de escape —se dijo.

La rejilla estaba sujeta por medio de tornillos. Tsari, que se había despojado de su escafandra espacial, hurgó en los bolsillos de su traje. Sacó un cortaplumas y empezó a aflojar los tornillos.

Minutos más tarde, la rejilla era apartada a un lado. Un hueco, de más de medio metro de diámetro, apareció ante sus ojos.

Era un túnel de servicio, por el cual se podía llegar a determinados lugares del casco de la nave y que, además, servía para la circulación del aire. Tsari se izó a pulso y, tras algunas contorsiones, se introdujo en el tubo.

Después de lo que le había ocurrido en Addinar, ya no había querido pecar nuevamente de imprevisión. Sacó una diminuta linternilla y se alumbró el camino mientras reptaba por el interior del tubo.

Un ruido de voces llegó de pronto a sus oídos. Apagó la

linternilla al divisar un resplandor delante de él.

Una rejilla le salió al paso. Miró a través de los orificios y vio a Dubois y sus tripulantes en su encierro, hablando indignadamente.

Su nombre era pronunciado con harta frecuencia, pero ni una sola voz se levantó para alabarle. Antes al contrario, los improperios que vertían sobre él llegaron a ponerle colorado.

Siguió su camino. Veinte metros más adelante, encontró otra rejilla. Miró a través de la misma.

Una sonrisa de satisfacción se escapó de sus labios. La navaja que llevaba en el bolsillo era de varios usos.

—Por fortuna —se dijo—, sólo me quitaron la pistola.

Una de las hojas de la navaja era una diminuta sierra de metales. Tsari empezó a usarla.

Media hora después, había abierto un orificio lo suficientemente grande para pasar el brazo. A tientas, dada su postura, empezó a destornillar los pernos que sujetaban la rejilla.

Cuando terminó, sudaba copiosamente. Pero el paso estaba abierto.

Cruzó el orificio y se descolgó en silencio. Por medio de la linterna, examinó el lugar en que se hallaba.

Un levísimo trepidar llegó a sus oídos. Procedía de los motores de impulsión de la nave, situados al otro lado de un mamparo próximo.

Cerca de él, divisó un interruptor. Tocó la palanquita y la bodega de carga se iluminó.

Las bombas aparecieron ante los ojos del joven. Eran seis, de unos dos metros de longitud, por cuarenta de grueso.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil, contemplando aquellos diabólicos artefactos.

Parecía mentira que cada uno de ellos pudiera ser capaz de destruir un planeta entero.

—Y, sin embargo, así es —soliloquió.

No podía consentir que se utilizasen.

—Nadie lanzará estas bombas —dijo, con voz firme.

Y acto seguido, empezó a trabajar.

* * *

La puerta del encierro se abrió y Vindo apareció ante los ojos del joven.

—Estás libre, capitán —dijo.

Tsari sonrió ligeramente.

—Debo agradecerle que me haya perdonado la vida —contestó.

—Tenía órdenes explícitas para ello, señor —manifestó Vindo.

—Entonces, no me queda sino transmitirle mi agradecimiento a la persona que le dio tales órdenes. Hágaselo saber así, Vindo.

—Se lo expresaré en la próxima ocasión que tengamos —manifestó el piloto—. Y ahora, por favor, si tiene la bondad de seguirme...

—Un momento.

Vindo miró al joven inquisitivamente.

—¿Capitán?

—¿Qué ha sido de los terrestres?

—Continúan encerrados.

—¿Van a matarlos?

—No. Tenemos órdenes de respetarles las vidas. Sólo dispararíamos en defensa propia.

—La Protectora de Kolzagar tiene un corazón rebosante de magnanimidad —alabó Tsari con sarcasmo—. ¿Puede conducirme a presencia del comandante Dubois?

Vindo vaciló un momento, pero acabó por acceder a la petición del joven.

—Por supuesto, señor.

Momentos más tarde, Tsari y Dubois quedaban frente a frente.

—Tengo que decirte algo, Dubois —expresó el joven.

—Puedes ahorrarte las palabras —contestó el astronauta fríamente—. Aparte de que yo sólo tengo que decirte una cosa, tus manifestaciones de disculpa, porque supongo que has venido a eso, me importan un rábano.

—Escucha, déjame hablar...

Los ojos de Dubois centellearon.

—No quiero oírte una sola palabra más, Tsari. Lo único que deseo que sepas es que los traidores me dan náuseas. Y eso es lo que tú eres; un asqueroso traidor.

Tsari palideció. Antes de que pudiese recobrarse, Dubois le escupió a la cara.

Vindo cerró la puerta. Una ligera risita se escapó de sus labios.

—Sabía lo que iba a pasar, pero si se lo hubiese anticipado,

usted no me lo habría creído —dijo—. Por eso preferí que se convenciera por sí mismo, capitán.

Tsari le miró inexpresivamente.

—¿Cómo he de volver a Srelgar? —preguntó.

—Tengo un bote espacial dispuesto para usted solo. Los otros descenderán más tarde —Vindo hizo una pausa y luego continuó—: No puedo permitir que vaya con ellos. Le lincharían... y desde el punto de vista de un terrestre, es preciso convenir que tienen razón.

Tsari no dijo nada más. En silencio, se dirigió a la escotilla y, momentos después, partía con rumbo a Srelgar, situada en aquellos momentos a menos de quinientos mil kilómetros de distancia.

CAPÍTULO X

Sorprendentemente, nadie le dijo nada cuando tomó tierra. Las autoridades del astropuerto examinaron sus documentos con indiferencia, estamparon los sellos con los gestos de rutina... y eso fue todo lo que ocurrió.

Tsari alquiló un aerotaxi y se dirigió al centro de la ciudad. Tomó una habitación en un hotel y, tras algunos momentos de duda, llamó a la casa de Maheriw.

El profesor no estaba. Una mujer de mediana edad, le informó que había salido de viaje hacia Kolzagar.

Era sencillo suponer los motivos del viaje de Maheriw: las bombas estaban en camino hacia Kolzagar y debía estudiarlas, a fin de poder reproducir sus delicados mecanismos.

Luego, Kolzagar fabricaría noventa y dos bombas y arrasaría Srelgar.

Muy sencillo todo, muy fácil de hacer... y cuando Srelgar hubiese desaparecido del mapa galáctico, sólo habría un culpable.

—Yo —dijo.

Ni siquiera intentó buscar a Yania. La conducta de la joven le había decepcionado por completo.

Tampoco podría volver a la Tierra. Le juzgarían por traidor, apenas pusiera el pie en el planeta. Dubois se encargaría de pregonar su acción a los cuatro vientos.

Aquella noche descansó, poseído por una extraña tranquilidad, que atribuyó a un desentendimiento total de cuanto ocurría. Al levantarse, y mientras desayunaba, empezó a pensar en su futuro.

A Kolzagar tampoco podía ir. Cuando supieran la verdad, le desollarían vivo. Como no iría a Kolzagar, Yania le buscaría en Srelgar.

Por lo tanto, tenía que desaparecer de aquel sistema. ¿Adónde dirigirse?

De pronto, recordó el Imperio de los Quinientos Soles. Era un buen lugar para vivir... algún tiempo más.

En el IQS, como familiarmente se le llamaba, siempre necesitaban desesperados como él. Era un conjunto de sistemas en pleno crecimiento, con continuas guerras entre uno y otro planeta, o entre grupos de planetas. Varias facciones se disputaban el poder y continuamente se producían golpes de estado.

Los mercenarios terrestres solían ser muy apreciados y magníficamente pagados. Algunos sobrevivían y se retiraban cargados de dinero.

La mayoría, sin embargo, duraba muy poco. Pero esto, a Tsari, ya no le importaba en absoluto.

Sólo quería olvidar. En el IQS lo conseguiría... seguramente de un modo definitivo.

El IQS mantenía en Srelgar un banderín de enganche. La oficina de alistamiento era tolerada, en gracia a observar una estricta neutralidad y a la prohibición de enrolar como mercenarios a los srelgarianos. Por fortuna, abundaban en la ciudad gentes de todos los rincones de la galaxia, tipos desesperados, derrotados por la fortuna los cuales al igual que Tsari y como último recurso, firmaban un compromiso de alistamiento, que para la inmensa mayoría significaba su sentencia de muerte.

Nada de esto importaba a Tsari. Había llegado a un extremo en que todo le resultaba ya indiferente.

Cuando terminaba de desayunar, dispuesto para dirigirse a la oficina de alistamiento del IQS, se le acercó un oficial, cuya mano izquierda se apoyaba ostentosamente en el puño de su espada de combate.

—¿Capitán Carrell?

Tsari miró al individuo con gesto especulativo.

—Sí —contestó.

—Soy el coronel Addux —declaró el oficial—. Su Magnificencia, el Gran Coordinador, envía sus respetos al capitán Carrell y le ruega acuda a su residencia particular.

Tsari enarcó las cejas. Addux se apresuró a añadir:

—Su Magnificencia me encarga también le diga que la vida del capitán Carrell está garantizada. Sea cual fuere el resultado de la conversación que van a sostener ambos, al término de la misma, podrá usted abandonar libremente la residencia y luego quedarse en Srelgar o dirigirse al lugar que desee.

A Tsari le picó la curiosidad. ¿De qué quería hablar Braffis con él?

—Muy bien —contestó—. Cuando guste, coronel.

Addux tenía un aeromóvil a la puerta del hotel. Momentos después, despegaban en dirección a la tétrica fortaleza donde residía Braffis.

La compañía de Addux le sirvió para franquear todas las puertas con facilidad. Una hora más tarde, Tsari estaba en presencia del Gran Coordinador.

El lujo de la estancia contrastaba con la sombría apariencia de los muros externos del palacio. Por contra, Braffis vestía con sobria elegancia, como si no fuese el hombre que mandaba en un conjunto de mundos que albergaban cincuenta o sesenta mil millones de seres humanos.

Braffis, cuando vio al joven, sonrió.

—Siéntese, capitán —dijo—. Acomódese a su gusto. ¿Una copa de vino? ¿Cigarrillos?

—Gracias. Tomaré un cigarrillo, si no le molesta.

—No me molesta en absoluto, capitán.

Braffis seguía sonriendo. Era un hombre cercano al medio siglo, pero magníficamente conservado. Tal vez hubiese parecido más atractivo, de no haber sido por su nariz ganchuda y sus labios delgados, que indicaban una crueldad sin límites cuando de proteger sus propios intereses se trataba.

Había una gran mesa, de tablero espejante, en uno de los lados de la vasta estancia. Sobre ella, se veía un gran frutero. Braffis picoteó unos granos de uva srelgariana, mientras Tsari fumaba en silencio, esperando a que le dirigiesen la palabra.

Al cabo de un rato, Braffis se lavó los dedos en un cuenco de metal dorado, se los enjugó y luego tomó asiento en un cómodo sillón, frente al joven.

—Si mal no recuerdo —empezó a hablar—, usted vino aquí, comisionado por su gobierno, para realizar una misión de considerable importancia.

—En efecto, así era. Pero luego los acontecimientos me demostraron que la misión era errónea.

—Con lo cual pretendió mostrarse más listo y mejor informado que sus superiores.

—Debo reconocer que así fue, señor. No tengo por qué negar lo que resulta evidente.

Braffis sonrió.

—Al menos, es preciso reconocerle el mérito de la sinceridad. Pero también deberá admitir que su actuación ha perturbado por completo los planes que habíamos trazado su gobierno y el mío.

—Es cierto, señor.

—Se dejó convencer por unos hermosos ojos, unos labios jugosos y un talle cimbreante. Capitán, en eso me ha defraudado usted por completo.

Tsari sonrió.

—Seguimos mostrándonos de acuerdo. Yo también estoy de acuerdo en que me porté como un idiota.

—Antes alabé su sinceridad y no me arrepiento. Pero, intentando evitar una supuesta destrucción de Kolzagar, lo que ha hecho ha sido poner en manos de mis enemigos las armas con las cuales yo pensaba combatirles... y con las cuales, su planeta, hubiera recibido una sustanciosa ayuda, usted sabe ya a qué me refiero.

—Sí, señor.

—Es preciso admitir también —continuó Braffis— que esa chica tan bonita tenía un competente servicio de información. Pero el mío no le ha ido a la zaga y, aunque sufrimos duros golpes, nosotros, por fin, hemos asestado el...

Braffis se echó a reír.

—Le ruego me excuse, capitán. Iba a decir el último, pero, en realidad, ha sido el penúltimo. El servicio de información de Kolzagar ha sido destruido y todos sus miembros ejecutados.

Tsari se mantuvo impasible.

Era preciso ser imparcial. Desde su punto de vista, Braffis tenía razón.

—Sólo un... kolzagariano ha escapado con vida, pero está en mi poder —continuó Braffis—. Sin embargo, vivirá muy poco... a menos que usted actúe en su favor. Ése será el último golpe.

—No veo qué puedo hacer yo en favor de ese individuo —contestó Tsari.

—Se lo explicaré enseguida, capitán. Usted estudió los planos de las bombas.

—Sí, es verdad.

—Nuestro defecto consiste en que no somos capaces, por ahora, de fabricar los delicados mecanismos de... explosión de dichas bombas. Ni nosotros ni los kolzagarianos, pero estamos en desventaja con respecto a éstos. Ellos poseen las bombas y nosotros no.

—Lo sé —contestó Tsari parcamente.

—Por lo tanto, con las bombas en su poder, sólo es cuestión de paciencia, de tenacidad y de emplear a los mejores científicos para estudiarlas y reproducirlas en un número prácticamente ilimitado, si así lo desean. Y lo harán, a fin de intimidarnos y mantenernos sujetos bajo, metafóricamente, la suela de su bota.

—Es un razonamiento perfectamente lógico, a la vista de los acontecimientos —convino el joven con toda cortesía.

—Sin embargo, yo tengo un medio de evitarlo... Con su ayuda, claro.

—¿Lo cree así?

Braffis sonrió apaciblemente.

—De otro modo, no le habría mandado llamar —respondió.

—Muy bien. En tal caso, exponga sus propósitos.

—Antes dije que todos los miembros del servicio de información, menos uno, habían sido ejecutados. Oh, Kolzagar no protestará; nunca se protesta en casos semejantes. A mí también me ha pasado alguna vez y he debido callarme.

—Muy natural —aprobó Tsari.

—Bien, en tal caso le diré que... Yania está en mi poder.

Tsari permaneció inmóvil.

—Me lo figuraba —contestó.

—Usted es hombre listo —sonrió Braffis—. Me dio mucho trabajo; la verdad, me habría gustado tenerle de mi parte. Pero yo no soy Yania, claro.

—No, desde luego —sonrió Tsari.

—Bien, mi propuesta es la siguiente: ella está en mi poder. Hemos conversado largamente y he llegado a la conclusión de que no piensa ceder. Prefiere morir antes que entregarme las bombas.

—¿La matará usted?

—Sí, a menos que acceda a mis proposiciones. Por eso quiero emplearle para que la persuada a establecer un pacto conmigo.

—¿Qué clase de pacto?

—Tres bombas para cada gobierno.

—Y luego se aliarían contra la Tierra... tal vez contra otro gobierno galáctico.

Braffis se encogió de hombros.

—Es imposible predecir el futuro, capitán, Pero, en Srelgar, nos sentiríamos mucho más seguros con una buena reserva de esas bombas.

—De modo —dijo Tsari lentamente—, que si ella no cede, morirá.

—Sí.

El joven se puso en pie.

—¿Por qué me ha llamado? —preguntó.

—Muy sencillo —sonrió Braffis—. Ella está enamorada de usted y hará lo que le diga.

—¿Se lo dijo Yania?

—No de un modo tan concreto pero, observé que se sonrojaba cada vez que sonaba su nombre.

—En cambio, yo no me sonrojo al oír el nombre de Yania.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó el Coordinador.

—Sencillamente, que la suerte que pueda correr esa mujer me es absolutamente indiferente. Mátela o déjela libre, me es igual.

Braffis se descompuso.

—¡Está loco, capitán!

Tsari se puso en pie.

—Creo que ya no tenemos nada más que hablar —respondí—. Usted prometió dejarme libre, cualquiera que fuera el resultado de nuestra entrevista.

El Coordinador frunció el ceño.

—Ponga precio a sus servicios, capitán —dijo secamente—. Le pagaré cuanto me pida.

—No. Ni aunque vendiese usted a Srelgar y todos sus planetas y me estregase todo su importe.

—¿Tan poco le interesa esa mujer?

—Usted dijo antes que yo me había dejado engañar por unos ojos hermosos. ¿No le parece —sonrió Tsari—, que al matarla, usted mismo castiga por mí la traición que ella cometió conmigo?

Braffis se quedó sin habla por un momento. Tsari se encaminó hacia la puerta.

—Mátela si quiere —agregó—. A mí... me servirá de lección para lo sucesivo y usted se habrá deshecho de un peligroso adversario.

—¡Pero ellos tienen las bombas! —chilló Braffis.

Con la mano en el pomo de la puerta, Tsari se volvió y sonrió:

—Coordinador, ahora está usted en la misma situación en que pensaba poner a los kolzagarianos con esos infernales artefactos. Por tanto, lo que le corresponde hacer es evitar que los usen contra ustedes, ¿no cree?

Y antes de que el atónito Braffis tuviese tiempo de reaccionar, abandonó la estancia.

CAPÍTULO XI

Addux acompañó al joven hasta el hotel.

—Su Magnificencia ha cumplido su palabra —expresó el coronel —. Le respeta la vida, pero ha dado orden de expulsión contra usted.

—Pensaba marcharme —contestó el joven.

—La expulsión se cumplimentará en el acto. Reúna sus cosas; ya tiene el pasaje encargado.

—¿Para dónde, coronel?

Addux sonrió malignamente.

—Para la Tierra. Allí le están esperando.

Tsari miró a Addux fijamente.

—Una buena jugada —comentó.

—Su Magnificencia prometió respetarle la vida. Naturalmente, no es responsable de lo que pueda sucederle con las autoridades de su planeta.

Hubo un momento de silencio.

—Bien —contestó Tsari al cabo—, voy a disponer mi equipaje.

Se volvió un poco, pero antes de terminar el movimiento, giró de nuevo.

Su puño chocó contra la mandíbula de Addux, derribándole por tierra. Antes de que el coronel pudiera rehacerse, Tsari le desposeyó de una pistola y de su espada.

Addux permaneció sin sentido durante unos momentos. Cuando lo recobró, notó que tenía la punta de la espada apoyada contra su garganta.

—Coronel —dijo Tsari fríamente—, estoy dispuesto a matarle en el acto, si no me dice dónde está Yania de Kolzagar.

Addux palideció.

—No... no lo sé...

Tsari hizo una ligera presión con el acero.

—¡Responda! —dijo perentoriamente.

Addux sudaba...

—Braffis me matará si hablo —contestó.

—Yo estoy mucho más cerca, coronel. Piénseselo bien.

El oficial vaciló. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Se la llevó al castillo de Jitarny.

—¿Jitarny? ¿Dónde está eso? —preguntó el joven, atónito.

—A unos mil quinientos kilómetros de la capital, hacia el Sudoeste. Pero no podrá entrar allí...

—Veremos —le interrumpió el joven. Luego examinó la pistola —. Hombre, dispara proyectiles narcóticos.

—Yo la uso siempre. Así puedo interrogar luego a los detenidos, sin que éstos tengan la posibilidad de engañarm...

Addux se calló al ver la sonrisa que flotaba en los labios de Tsari.

—Muchas gracias por su informe, coronel —dijo. Y apretó el gatillo una vez.

Addux se retorció un poco y luego se quedó quieto, respirando sosegadamente, con los ojos cerrados. Tsari lo cogió en brazos y lo

dejó sentado en un sillón.

—Y ahora —habló—, vas a contarme todo lo que sepas de ese castillo. Voy a buscar a Yania y, como comprenderás, no puedo entrar allí a ciegas.

Addux habló largo y tendido, sin oponer la menor resistencia. Tsari le formuló algunas preguntas aclaratorias, después de lo cual, se dio por satisfecho.

Abajo, en la puerta del hotel, según pudo apreciar, estaba el aeromóvil del coronel. Un guardia esperaba junto al vehículo. Era un inconveniente para Tsari.

Debía deshacerse del hombre. No tardó en hallar la solución.

—Coronel —llamó.

—Diga, capitán Carrell.

—Abajo hay un guardia esperándole.

—Sí, es el piloto de mi aeromóvil.

—¿Conoce la misión que le ha traído aquí?

—No.

—¿Puede usted despedirle o es obligatorio que él conduzca el aparato?

—El aparato, aunque yo lo uso, está asignado a su nombre. No puede dejarlo a nadie.

Tsari movió la cabeza. Addux podía haber venido en otro aparato, conduciéndolo personalmente, pero por guardar las apariencias, había tomado uno con piloto.

—Siempre resulta más distinguido —murmuró. Luego levantó la voz—: Coronel, levántese.

Addux obedeció.

—Allí —siguió Tsari—, tiene el visófono interno. Ordene al recepcionista que salga a la calle y que diga a su piloto que lo necesita usted aquí.

—Bien, capitán Carrell.

Addux hizo puntualmente lo que le decían.

—Muchas gracias, coronel —sonrió el joven—. Ahora, siéntese ahí y permanezca quieto hasta nueva orden.

La droga anulaba la voluntad de Addux. Era un invento diabólico, pensó Tsari, aunque en aquellos momentos le beneficiaba considerablemente.

—Cuando Llamen a la puerta —agregó al ver sentado a Addux

—, diga: «¡Adelante!».

—Sí, capitán.

Segundos más tarde, sonaban unos nudillos en la puerta de la habitación. Tsari se colocó al otro lado de la misma.

Addux pronunció la palabra convenida. La puerta se abrió y el guardia dio dos pasos dentro de la estancia.

—Coronel...

No tuvo tiempo de decir más. Tsari le disparó un proyectil a la base del cuello, que obró con efectos fulminantes.

Inmediatamente, cerró la puerta. Addux continuaba inmóvil, como si todo lo que sucedía delante de él no le afectase en absoluto.

Tsari se inclinó sobre el guardia inmóvil y le desposeyó de su uniforme.

—Menos mal que el buen Braffis tiene la manía de los hombres altos y robustos para su guardia personal —comentó de buen humor, mientras se cambiaba de ropas.

Minutos después, estaba listo. Agarró por el brazo a Addux y lo empujó hacia la puerta.

Descendieron al vestíbulo. Los empleados estaban atareados con unos clientes y no se fijaron apenas en ellos.

Tsari se sentó en el asiento del piloto. Maniobró convenientemente y a los pocos segundos el aparato se elevó.

Una hora más tarde, aterrizó a quinientos kilómetros de la capital. No lejos de aquel lugar, pasaba un monorriel por el que circulaban los trenes dedicados al transporte de mercancías.

Hizo que Addux se apease. Los efectos de la droga se pasarían en breve. Antes de que pudiese avisar al castillo, ya estaría él en su interior.

Volvió al aparato y reemprendió el vuelo, pero haciéndolo a ras de tierra, a fin de evitar la detección. Estaba seguro de que Braffis no descuidaría tan importante detalle y que apenas surgiera en las pantallas de los vigilantes la señal del aeromóvil, le pedirían que se identificase.

Prefería no tener que contestar sino hasta el último momento.

Voló a una velocidad media ajustada al tiempo de luz solar. Al fin, cerca del atardecer, divisó el castillo en lontananza.

Detuvo el aparato entre unos árboles y hurgó en la caja auxiliar, hasta encontrar un par de poderosos prismáticos. Al declinante

resplandor del ocaso, la impresionante fortaleza tenía un aspecto tétrico, deprimente.

Estaba edificada sobre un altísimo risco, que caía a plomo durante más de quinientos metros por tres de sus lados. Un ancho río, de aguas tranquilas y profundas, rodeaba por completo la montaña, formando una ceñida herradura de espejantes reflejos en torno a la misma. Sólo había un punto accesible al castillo, por el lado oriental del castillo, pero, naturalmente, Tsari no tenía la intención de utilizar aquel camino practicado mil doscientos años antes, cuando los srelgarianos construyeron la fortaleza y no habían inventado aún los medios aéreos de locomoción.

Dominando la impaciencia, aguardó a que se hiciera de noche. Cuando llegó la oscuridad, realizó algunas operaciones complementarias y se elevó a gran altura.

No tardó en oscilar la lámpara de la radio.

—Identifíquese o le batimos —pidió una voz áspera.

—Soy el coronel Addux y traigo un mensaje para su Magnificencia —contestó el joven con todo desparpajo.

—Muy bien. Espere órdenes.

Tsari continuó volando. De pronto, antes de que le hablasen, exclamó, con fingida voz de alarma:

—¡Estoy en dificultades! ¡Parece que los motores no me responden!

—Trate de tomar tierra en el patio nordeste. Su Magnificencia le espera allí —dijo el operador.

—Lo intentaré, pero...

Tsari miró hacia abajo. Ya tenía el castillo casi en su vertical.

—Lo siento —dijo—; tengo que saltar.

Estaba a unos dos mil metros de altura. Abrió la escotilla y se precipitó en el vacío.

El aparato emprendió el descenso con un pronunciado ángulo de inclinación. Pasó rozando los farallones de la montaña y se estrelló contra el suelo de la llanura, a varios miles de metros de distancia.

Tsari descendió a plomo durante algunos segundos. Luego abrió el paracaídas que se había colocado.

Su vertiginosa caída quedó refrenada. Debajo de él, divisó algunas luces.

Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que había calculado mal.

Siguiendo su actual trayectoria, iría a caer al río.

Esperó unos segundos más. Luego sacó el transportador que había encontrado en el aeromóvil y, con la mano libre, se soltó los atalajes del paracaídas. El transportador le permitió tomar tierra en un siniestro patio, de altos muros, en uno de cuyos lados se divisaba una escalera que conducía a una puerta situada a pocos metros del suelo.

Un hombre uniformado descendió por la escalera. La luz era deficiente.

—Coronel Addux, Su Magnificencia le espera... ¡Usted no es el coronel! —chilló el individuo de repente, al darse cuenta de su error.

—Lo sabía —contestó el joven de buen humor. Y estrelló su puño derecho contra el mentón del oficial. Mientras éste caía, agregó—: Lo único que hay del coronel en mí es su espada.

Cambió el transportador a la mano izquierda y desenvainó la espada. Luego corrió hacia la escalera, cuyos peldaños subió de cuatro en cuatro.

La escalera continuaba a lo largo del interior del castillo, retorciéndose sobre sí misma en varios puntos. De pronto, Tsari desembocó en una sala de grandes dimensiones, brillantemente iluminada.

—Le esperaba, capitán Carrell —dijo el Gran Coordinador.

Tsari miró a Braffis. Una ligera sonrisa de satisfacción brillaba en los labios del sujeto.

En su mano ostentaba una pistola desintegradora. Yania estaba sentada en un sillón, al cual se hallaba sólidamente atada.

Los largos cabellos negros de la joven caían sobre sus desnudos hombros. Yania le dirigió una mirada desesperanzada.

—Capitán —habló Braffis—, ¿no fue usted quien dijo que la suerte de esta mujer le era indiferente?

—Las palabras son siempre palabras —respondió Tsari—. He venido a llevármela.

—Le esperaba. Puede decirse que envié a Addux para que, aunque no por su voluntad, claro está, le informarse del lugar donde se hallaba Yania. ¿Ha muerto Addux?

—No soy tan cruel —dijo Tsari—. Simplemente, le inutilicé.

—Tiene mujer e hijos. Se lo agradecerán.

—Lo celebro. Y, ahora, ¿cuáles son sus proposiciones?

La pistola apuntaba al pecho de Yania.

—Morirá si no accede a mis pretensiones —contestó el Gran Coordinador—. Usted las conoce y es el único que puede persuadirla.

—¿Qué beneficios obtendré si lo consigo? —preguntó el joven.

—Su amor, capitán. ¿Le parece poco?

Los ojos de Yania centellearon.

—Dispare, Braffis. No cederé una sola de esas bombas —exclamó con voz resuelta.

Tsari dio dos pasos hacia delante.

—Quieto, capitán, no se mueva —ordenó Braffis—. Hable con ella.

—Ya ha oído su respuesta —dijo Tsari—. No puedo obligarla a que haga algo que no desea hacer.

Una mueca de rabia convulsionó el rostro del Gran Coordinador. Su mano se crispó en torno a la culata de la pistola.

Súbitamente, Tsari le arrojó el transportador que aún conservaba en la mano izquierda. El aparato chocó contra la mano de Braffis, haciendo que la pistola saltara por los aires.

Braffis lanzó un agudo grito de rabia y se precipitó sobre la pistola. Cuando la iba a recobrar, la punta de la espada de Tsari se introdujo en la guarda del gatillo y el arma salió disparada hacia un rincón de la estancia.

Braffis se incorporó. Una singular sonrisa flotaba ahora en sus labios.

—Un duelo a espada, ¿eh? Casi lo prefiero, capitán. Convertirle en humo con una simple presión del índice resultaría demasiado vulgar.

Con rápido gesto, se quitó el pesado manto que le cubría, quedando con unas ropas más ligeras y cómodas. Su espada estaba sobre una mesa cercana y la sacó de la vaina con rápido movimiento.

Yania contemplaba la escena con ojos llenos de angustia. Braffis agitó la espada unas cuantas veces para probar su flexibilidad y luego saludó con toda cortesía.

—¡En garde! —exclamó.

Flexionó las rodillas. Sonrió, mientras tanteaba la defensa del

joven.

—No habrá supervivientes, capitán —añadió, tirándose a fondo.

Tsari paró la estocada y la devolvió con un ataque en tercera, complementado por una finta que hizo silbar la hoja de su acero junto a la garganta de Braffis.

Éste se puso pálido.

—Es usted mejor adversario que lo que creía —comentó.

Y de nuevo se lanzó al ataque.

—Solía decirse que yo era la mejor espada de Srelgar —dijo, recobrando de nuevo su humor, al ver que Tsari retrocedía ante el incesante centelleo de su espada.

El joven no contestó, limitándose a parar y a detener las estocadas que se le dirigían. Braffis era un magnífico espadachín, pero había una desventaja a su favor: la edad.

Tenía veinte años más que Tsari. Éste lo sabía y, astutamente, prefería seguir defendiéndose, mientras su enemigo derrochaba las fuerzas.

Su ardid dio resultado. Minutos después, la frente de Braffis se cubrió de sudor y su respiración se hizo acezante.

El Gran Coordinador se percató de las intenciones de su adversario.

—Quieres cansarme, ¿eh? —dijo. Y se tiró a fondo de nuevo.

Tsari callaba y manejaba la espada. Los incesantes ataques de Braffis no conseguían mellar su férrea defensa.

De pronto, se dio cuenta de que el Gran Coordinador aflojaba un tanto. Su táctica empezaba a dar frutos.

Entonces pasó al ataque. El atacado se convirtió en atacante.

Braffis retrocedió lenta e insensiblemente. La sonrisa se borró de sus labios.

Ahora era Tsari el que sonreía. Poco a poco, fue acorralando a su adversario y empujándole hacia una ventana próxima.

De pronto, ejecutó un rapidísimo molinete y su espada envolvió a la de Braffis. Ejecutó un seco movimiento de muñeca y la espada de Braffis voló por los aires.

El Gran Coordinador se puso pálido cuando la punta del acero se apoyó en su garganta.

—Suelte a Yania —ordenó el joven—. Es su única posibilidad de salir con vida.

Braffis respiró hondamente unas cuantas veces. Luego, de mala gana, contestó:

—De acuerdo. Pero aparte esa espada de mi cuello.

Tsari retrocedió un par de pasos, sin dejar de vigilar a su adversario. Súbitamente, Braffis se abalanzó sobre el transportador individual que estaba caído junto al sillón y echó a correr hacia la ventana.

—¡Volveré! —aulló—. Y, cuando regrese, traeré un regimiento entero de guardias. Ninguno de los dos saldrá vivo de Jitarny.

Dio un tremendo salto y atravesó la ventana, con gran estrépito de vidrios rotos.

—¡Se ha escapado! —dijo Yania.

Casi en el acto, se oyó un agudísimo alarido, que se perdió rápidamente en la distancia.

—El transportador se estropeó en la caída y no le ha sostenido —manifestó Tsari, consciente de la suerte que había corrido el Gran Coordinador al caer a plomo desde quinientos metros de altura.

Con su misma espada, soltó a Yania.

—Estás libre —dijo.

Ella se puso en pie, frotándose las muñecas.

—Gracias, Tsari —contestó—. No sé qué decirte...

Los ojos de Tsari la miraron con pena.

—Lo siento —contestó—. Me defraudaste.

Y se dirigió hacia la puerta.

Ella le alcanzó y le dirigió una mirada llena de súplica.

—Lo hice por Kolzagar, Tsari —declaró.

—Cuando me pediste ayuda, no dijiste que querías las bombas para vosotros. Por eso accedí a tu petición.

—Devolveré las bombas.

—No te dejarían en Kolzagar —sonrió él—. Aunque jefe de Estado, tienes limitadas tus atribuciones como gobernante. De todas formas, es igual. Las bombas no sirven ni para chatarra.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Tsari! —exclamó.

—Destrocé los circuitos impulsores a bordo de la nave que las transportaba, antes de que Vindo me inutilizara —explicó él—. Esas bombas no podrán ser empleadas ahora ni siquiera como objeto de estudio.

Yania se quedó inmóvil. Tsari emitió un ligero suspiro.

—Ha sido una lástima —dijo—. Había llegado a enamorarme de ti, pero…

Meneando la cabeza, abandonó la estancia. Las lágrimas fluyeron abundantemente de los ojos de Yania, cuyas manos pendían laciamente a lo largo de sus costados.

EPÍLOGO

—Pero no entiendo —dije, después de que Tsari hubo acabado su narración—. Tú nunca dijiste que aquellas seis bombas no servían ya para nada…

Tsari sonrió.

—El equilibrio del terror —contestó—. En la Tierra creen que son utilizables y, por lo tanto, no se atreverán a atacar a Kolzagar, temerosos de sufrir una represalia idéntica.

—De todas formas, estropeaste un magnífico proyecto. Un nuevo planeta en nuestro sistema…

—¿Una segunda Tierra orbitando siempre en el lado opuesto del Sol? —exclamó Tsari—. ¡Era el error mayor que se pudiera cometer! Las atracciones recíprocas habrían acabado por precipitar a la una sobre la otra… y, como en el centro se hubiera hallado el Sol, todos hubiésemos ardido como la yesca.

Me acaricié la mandíbula. Sí, Tsari tenía razón. No se podía alterar el delicado equilibrio gravitacional del Sistema Solar. Y un planeta de volumen y masa idénticos a los del nuestro, hubiese trastocado todas las órbitas, con las consecuencias que son de prever.

—Además, no podía permitir que Srelgar destruyese a Kolzagar ni viceversa —siguió Tsari—. La desaparición de todo un conjunto de sistemas estelares, con sus soles y sus planetas, hubiese alterado asimismo el equilibrio gravitatorio de aquella zona. Si Kolzagar hubiese desaparecido del mapa galáctico, al cabo de un tiempo, tal vez siglos, pero de modo inexorable, se hubieran producido tremendas perturbaciones en Srelgar. Los planetas habrían terminado estrellándose unos contra otros, o precipitándose en sus soles… y lo mismo podía aplicarse en el caso de Srelgar, si Kolzagar

hubiera salido victorioso. No, esas bombas no pueden ser empleadas —concluyó mi amigo.

Y en aquel momento, supe que tenía razón, y sus palabras corroboraron la fe que había depositado en él. No era un traidor a la Tierra.

Callamos unos momentos.

—¿Qué pasó en Jitarny después de la muerte de Braffis? —pregunté al cabo de un rato.

—Ah, nada —contestó Tsari con indiferencia—. Los srelgarianos se sintieron muy contentos de haberse librado de aquel tirano y si no me dieron palmaditas en la espalda fue por cubrir las apariencias. Luego me alisté como mercenario para una campaña en el IQS...

—Y has vuelto a la Tierra.

—Sí, pero me marcharé pronto.

—¿Adónde?

Tsari levantó los ojos hacia las estrellas. Supe que miraba a Kolzagar.

¿Volvería junto a Yania?

Una luz se encendió de pronto en el cielo.

—¿Qué es eso? —dije, poniéndome en pie.

Tsari se incorporó también. Era un resplandor difuso que se acercaba a nosotros. ¿Un platillo volante?, me pregunté.

Minutos después, aterrizaba una nave espacial en el prado que hay delante de mi casa. El resplandor desapareció.

Una escotilla se abrió y una figura humana saltó a tierra. Aunque no la había visto jamás, la reconocí en el acto.

Esbelta, erguida, los cabellos sueltos, Yania avanzó hacia mi amigo.

—He venido a ti, Tsari —dijo sencillamente.

Tsari la contempló en silencio. Yania continuó:

—Presenté la dimisión. Ya no ostento cargo alguno. Me la aceptaron enseguida, cuando vieron que las bombas estaban destrozadas.

—Ha tardado usted mucho en venir a buscarlo —intervine.

Yania me miró.

—¿Es usted amigo de Tsari?

—Desde niño —contesté.

Tsari nos presentó. Incliné la cabeza. Ella me correspondió gentilmente.

—Tiene usted razón, señor Carrados —dijo Yania—. He tardado, pero no por falta de ganas, sino porque me costó mucho informarme de los lugares donde podía estar Tsari.

—Y supuso que podría hallarlo en mi casa.

—Era mi última esperanza —manifestó ella sencillamente. Miró a Tsari—. ¿Qué podría hacer yo para que olvidases lo que sucedió?

—En la Tierra no me quieren. Sería encerrado de por vida apenas me pusieran la mano encima —contestó él.

—Entonces, ven conmigo a Kolzagar. Allí podrás vivir en paz.

—No. Acabarían por pedirme que reconstruyera las bombas. Y eso es algo que no haré jamás.

Yania pareció sentirse decepcionada.

—¿Me seguirías dondequiera que yo fuese? —preguntó él.

—¿Lo dudas siquiera? —contestó Yania ansiosamente.

Tsari levantó los ojos hacia las estrellas.

—El Imperio de los Quinientos Soles se está pacificando —dijo —. Allí soy bien considerado… incluso, en la última campaña llegué a general. Se sentirán contentos de tenerme de nuevo con ellos.

Luego bajó la mirada hacia ella.

—No volverás más a Kolzagar —dijo.

—Estaré a tu lado —sonrió Yania, a través de las lágrimas que inundaban sus ojos.

Tsari tomó su mano. Estrechó la mía y me dijo adiós.

Caminaron juntos hacia la nave. Desde la escotilla, se volvieron para saludarme.

Minutos después, habían desaparecido de mi vista.

Cargué la pipa.

—Me pareció oírte hablar con alguien —dijo mi esposa—. ¿Por qué no te acuestas? Es ya muy tarde…

—Sí, enseguida, cariño —contesté.

—Te quedaste dormido en la hamaca. Siempre sueñas en voz alta en esas ocasiones.

Sonreí para mis adentros. Tal vez más tarde le contara la verdad.

O esperaría a escribir el relato de un hombre que no fue traidor a la Tierra. Entonces sabría con quién había estado hablando en la veranda aquella noche.

Y escrito está. Ahora, que cada cual juzgue sobre la traición de mi amigo. Yo ya he emitido mi veredicto. Antes y después de oír al acusado.

F I N